

GUTIÉRREZ

textos inéditos (hasta ahora)

GUTIÉRREZ

recolección y edición: andrés braithwaite

Santiago de Chile
Enero, 2012



GUTIÉRREZ (TEXTOS INÉDITOS)

Recolección y edición: Andrés Braithwaite

Asistencia editorial: Rosario Garrido

Diagramación: Miguel Naranjo Ríos

Enero de 2012

Santiago de Chile

ISBN 978-956-345-833-6

Impresión: C y C

Ningún texto contenido en esta publicación puede ser reproducido, ni total ni parcialmente, ya sea mediante procedimientos mecánicos, electrónicos, fotoquímicos, electroópticos, avícolas, magnéticos o de otra naturaleza, sin la autorización de su autor o de quien la ley determina que debe o puede otorgarla.



9	pablo azócar
12	claudio bertoni
14	julio carrasco
18	alejandra costamagna
22	josé ángel cuevas
26	paulo de jolly
28	gloria dünkler
31	nona fernández
34	héctor figueroa
39	marcela fuentealba
44	alfonso garcía
48	antonio gil
52	yanko gonzález
54	martín gubbins
62	rafael gumucio
66	óscar hahn
68	jaime huenún
74	verónica jiménez
78	carlos labbé
82	diego maqueira
88	germán marín
90	marcelo mellado
95	roberto merino
98	hernán miranda
104	rodrigo olavarría
108	yuri pérez
112	erick pohlhammer
119	matías rivas
125	leonardo sanhueza
131	miguel vicuña navarro
138	bruno vidal
142	alejandro zambra

La medida del tiempo

- a) Siempre odió las mudanzas y los camiones de mudanzas. Ya no tanto.
- b) Últimamente ya no mira lo que va tirando a la basura. Le disgusta ver fotos antiguas, cartas con viejas emociones, carpetas polvorientas, recortes de diarios que no sabe por qué guardó.
- c) Antes en cada cambio vendía lavadoras o refrigeradores. Hoy los regala. Por comodidad, dice. Podría dar una respuesta más honesta. Cada refrigerador es un registrador. Cada refrigerador es un fracaso.
- d) Antiguamente tuvo la ilusión de que con una mudanza llegaba una nueva vida. Ya no.
- e) Una mudanza le da todavía, eso sí, un poderoso privilegio efímero: desaparecer, esfumarse.
- f) (Muy pronto ya no será posible borrarse, sostiene, a todos lados nos va a seguir como una huella digital el GPS del teléfono).
- g) A estas alturas ya no improvisa como antes. Ha preparado prolijamente las cajas a la espera del camión de la mudanza. No ha sido difícil: cada día tiene menos cosas.
- h) En cada cambio tira o regala gran parte de los libros acumulados. Son cada vez menos los libros que le interesan o que no le aburren. Con frecuencia se sorprende mirando libros que en otra época lo conmovieron, revisa marcas o anotaciones, y no recuerda quién era ese lector.
- i) Algunas veces ha pensado que un psiquiatra debería averiguar qué libros tira y qué libros guarda consigo una persona que se muda. Se ahorraría mucho tiempo. Pero los psiquiatras preguntan sobre sueños y no sobre lecturas.
- j) De los libros que se salvan en esa neurótica inquisición, más que por su contenido no pocos lo hacen por motivos vagamente afectivos. Seguro no volverá a leerlos, pero no se anima a tirarlos. No sabe por qué.
- k) ¿Por qué le resulta tan fácil desprenderse de algunos libros y de otros sencillamente no es capaz? ¿Sucedre algo semejante con las personas?

- l) Desde la mañana lo ha asediado una imagen de Marlon Brando. Brando en el final de *El Padrino*, un Corleone otoñal, agostado, un poquito ido, hundido en la mecedora de la terraza, rodeado de buganvillas, gatos, el Adriático, enfermeras.
- m) La imagen de Corleone se le junta borrosamente con los días últimos del propio Brando. Brando apoltronado en una terraza, en una finca, al sur de Italia, primavera o verano, respirando con dificultades, con un ruido como de máquina de cortar pasto, tal vez rumiando ira o rencor, con cuello de buey y los pómulos inflados como con silicona, llorando sin lágrimas la humillación del juicio por asesinato contra su hijo, embotado de fármacos para borrar el suicidio de su hija.
- n) Nada le debió doler tanto al bueno de Brando como las cartas furiosas que su hija le escribió.
- ñ) La última carta le llegó después de que ella había muerto. Brando la rompió, se encerró en una pieza oscura y no salió en una semana.
- o) Brando, como Corleone, optó por partir de una buena vez y para siempre.
- p) La última mudanza.
- q) Chau. Vírense. Déjenme descansar.
- r) El día en que un sujeto decide irse de todo y de todos, y su vida entera se reduce, digamos, a contar el paso de las horas, mirar los pájaros, seguir con la vista el movimiento de las nubes.
- s) *¿Todo? ¿Todos? ¿Ah?* Lo demás son ciertas pastillas de medicina, dolores corporales soportables.
- t) Nada más.
- u) Hace poco divisó a un poeta conocido suyo caminando por una calle de tierra en Concón. No se animó a acercarse, pero sabe que vive allí y lo imaginó lejos de todo, concentrado tal vez en el trayecto de una abeja, o en cómo cambia la luz sobre la hoja de un árbol a medida que va cayendo la tarde.
- v) Nada, nada más.
- w) Abocarse a cosas pequeñas, emociones pedestres, descubrimientos ínfimos como una miga de pan.

- x) Única medida del tiempo: el sonido de las gotas que caen en la llave del baño. (Hay que reparar la llave del baño).
- y) Brando, según propia confesión, nunca olvidó que a Don Corleone el pasado lo vino a buscar y unos tipos vestidos de negro desembarcaron una mañana en su terraza y lo rociaron con 77 cartuchos de grueso calibre.
- z) Ese día el hombre por fin pudo descansar.

Novela

Un tipo orina
No puede dejar de orinar nunca
Toda su vida orinando
Y la novela son las peripecias
Las técnicas que debe adoptar
Para llevar una vida normal
Subir a su automóvil caminar
Ir al cine masturbarse trabajar
Sin dejar de orinar

Catarsis

Un tipo se suena
Y queda entero
En su pañuelo

Perfecto

Las nalgas
No deben tocarse
Las mejillas

Confesión

A los seis años
Le toqué
Por debajo
Del calzón de moletón
El poto a la Juanita

Primavera en Bangladesh

Puedes imaginar pocas situaciones tan extrañas como regresar a Bangladesh y ver que las cosas no se han movido del lugar en que las dejaste:

las mismas calles

(pero vacías)

Los hechos transcurren a su modo, no sé cómo describirlo
Hay flores abriéndose y cerrándose a velocidades imperceptibles, también
hay pájaros
Para quien regresa a Bangladesh la realidad deviene
casi un síntoma de otro asunto menos relevante

algo así como un *dejarse ir* en el aire

Andar en el tiempo es estarse quieto

Estas avenidas viajaron también, a su manera (no sabes cómo describirlo)
Ahora que se supone has vuelto
y las recorres, agradablemente confundido
juegas a adivinar en cuál de ellas habrá una emboscada para ti

El viento te peina las pestañas: ten calma forastero

pues es primavera en Bangladesh
y hay sobre todas las cosas una suerte de rocío de algo que no alcanza a ser
incertidumbre, o que lo fue tal vez en otra época, ya no tiene importancia:

un *dejarse estar* en el aire

un *dejarse ir* en el tiempo

Acuarela

Para Jinn Pogy

La miré a los ojos pensando
“esto es justamente algo de lo que debo desconfiar”
Y la dejé ir (como si pudiese haber hecho otra cosa)
Mientras se confundía entre los automóviles
recordé esa historia de Milarepa cuando se le rompe la vasija de greda
 donde molía las ortigas que le servían de alimento y reconoce (espero
 estar recordando bien) haberse equivocado al pensar que le pertenecía:
 “esta vasija es mi maestra” dice
“Tú eres mi maestra” me dije antes de perderla de vista
Y recordé de nuevo justo antes de perderla de vista
el poema de Rumi donde tras enumerar una serie de equívocos humanos
 concluye: “debo desconfiar de lo que quiero”
Esto es, esto es algo de lo que debo desconfiar
Y entonces la perdí de vista

Pequeña improvisación romántica

El nerviosismo me hizo comerme la uña del anular izquierdo
mientras revisaba por última vez el repertorio de mi examen de piano

Seguí tocando sin percatarme de que sangraba
y se mancharon tres o cuatro teclas del registro grave

“Mi sangre sobre el piano” me dije
Demoré unos cinco minutos en volver a la realidad

Esto sucedió hace algunos años, lo recordé porque
justo ayer, mientras fotocopiaba a la carrera los formularios
de un concurso de proyectos a punto de expirar,
me corcheteé el pulgar sin darme cuenta

Caí en un lapsus al ver las páginas de los formularios
manchadas con sangre sobre la mesa de recepción

y sentí que debía escribir sobre aquella vez
cuando quedé ensimismado
mirando las teclas de un piano
manchadas con mi sangre

Joker

Ya cercana la medianoche
me dirigí a los aposentos de la emperatriz
animado por el deseo de verla sollozar
Entre cortinas pálidamente rosadas
contemplé sus ojos enormes
junto al balcón
Trataba de no hacer notar mi presencia
Entonces mi daga parecía otro detalle

En el cuadro:
las cortinas, el balcón, la noche
las lágrimas de la emperatriz, mi daga y yo

Cielo raso

Natación

Es bonita la niña. Aunque bonita en realidad no es la palabra. Practica natación en una piscina municipal. Le gusta el rojo cobrizo de las tardes de invierno, el cielo raso. Usa un sombrerito de bambú.

Llega cada tarde con un cojín y el pelo húmedo bajo el sombrerito. Se sienta en el taburete con el cojín. Él le da lecciones de piano, hace su trabajo. Do-re-mi-fa-sol-la-si. Se gana la vida en esto. ¿Te sabes *La novicia rebelde*? Cómo no se la va a saber: do-re-mi-do-mi-do-mi.

Primero se sienta en el taburete y luego en sus piernas. Son varios meses. Él la llama cachorrита, y a ella eso le gusta. Del taburete a las piernas, de las piernas al sofá. Con el pelo todavía húmedo por la piscina. Al profesor le da vértigo; un vértigo que sin embargo lo mantiene equilibrado.

Hasta que una tarde llega pasada a vino. Él la espía desde el balcón como un perro, salivando. Se tambalea la cachorrита. Trae olor a vino hasta en la cabeza. Pelo vinagre, sombrerito manchado.

Tengo sueño, dice la niña con voz seráfica. Y emite un oh que es el ensayo de un bostezo. Y él ahí, de pie, mirando la escena a punto de ladrar. Mareado. Pensando: tu sueño, mi vértigo, todo tu sueño duerme en mi vértigo.

¿Con quién estuviste?, se atreve a lanzar. Me da no sé qué contarte, responde la cachorra. Y saca una risita débil. Cuéntame, cuéntame, la incita él. No me acuerdo de todo, se vuelve a reír. Pero al rato se acuerda. Su voz es una guillotina escondida en su garganta.

Pucha, dice la niña cuando acaba el relato de su tarde con el instructor de natación. ¿Te enojaste? Y él responde bah, cómo se te ocurre. Pero al minuto se le ocurre. Ésta es la última clase, anuncia. ¿Me estás echando?, pregunta ella. Estoy diciendo lo que estoy diciendo. Después viene un diálogo equívoco. ¿Te vas a llevar el cojín?, pregunta él. No, cómo te lo voy a quitar. Pero si es tuyo, insiste el hombre. Quiere decir: conchetumadre. Pero dice: es tuyo, niña.

Fue un desliz, precioso, suspira ella.

¿Precioso quién? ¿Precioso el desliz? Quiere preguntar, pero mejor se calla. Tu desliz duerme en mi vértigo, piensa. Y piensa en el cielo raso del invierno. Y en el cojín y en el precioso desliz. Y en el desliz, precioso. Y en la piscina municipal y en las pepas del vino y en todo lo que se cuele por sus adentros ya rajados.

Te lo regalo, dice ella. Se refiere al cojín. Y se lo entrega. ¿Me estás diciendo que no quieres nada de mí?, se escucha hablar el hombre con afectación. Ella lo mira fijo; ojos empañados. Tengo sueño, dice en voz baja. Mejor me voy.

Do-re-mi-do-mi-do-mi. La cabeza zarandeada. Do-re-mi-do-mi-do-mi. La cabeza llena de ruidos. El profesor la frena en seco: llévatelo, le pide, ya no me sirve. La niña obedece sin cambiar la cara y abandona el departamento con el cojín en la mano y esa mueca de levedad.

El hombre sale al balcón. Sigue al sombrero de bambú que se aleja por la vereda. Después levanta la vista. El rojo cobrizo esa tarde de invierno. Las nubes corpulentas que vagan allá arriba. Parecen siluetas de algo gordo. Se siente tan pequeño, tan poca cosa. Aunque pequeño en realidad no es la palabra.

Perla

Sales del supermercado con la bolsa colgando de tu mano izquierda, te sientas en la cuneta, abres la bolsa, lo sacas, abres la tapa, llevas la boca al pote, lames la parte café, después la amarilla, después la rosada, no piensas en cucharitas, jadeas, te tiemblan las manos, sigues lamiendo, llega Perla a tu cabeza, tan clarita la cara de Perla con la botella de vino frente al refrigerador anoche, llevándose el gollete a la boca y llevándote a ti después –a tu boca seca y chica y miedosa– hasta el inicio de algo remoto, solos y a oscuras, todas las luces de la ciudad desconectadas o conectadas en alguna otra órbita mientras le entregas las bolsas del supermercado y ella te absorbe y tú no tienes carácter ni pelo en pecho ni aire en los pulmones para enfrentar a la mujer que ahora bate su lengua en tu boca y te ahoga te rompe te chupa te suelta y se aleja del refrigerador, te pide que la esperes un segundo –un segundito, mi rey– y te entrega la propina y

frunce la boca y te dice gracias, muchas gracias, y te despacha y abres los ojos y el helado ya se ha derretido y llevas la lengua al fondo de la caja, lames la parte rosada, la amarilla, la café y sin darte cuenta ensucias tu polera con el dibujo de un continente lejano. Una mancha anterior a la civilización. Y te limpias con la bolsa, te ensucias, miras la caja vacía y crees ver a Perla, tan clarita su cara en la cocina y tú en la cuneta, ahora de pie, dejas la caja en el suelo y vuelves al supermercado con la noche aún pegajosa en la boca.

Cucharita

Le habían dicho que era un silencio anaranjado y estridente; que desaparecían las distancias y los contornos. Llegó con poquita ropa y un sombrero de bambú. Le habían dicho que no iba a necesitar taparse el sol, pero ella no hizo caso. Los recuerdos no la dejaban pensar. A decir verdad, nunca logró salir de los recuerdos. Se fue con el pecho trizado y llegó con la cabeza cubierta por el sombrerito de bambú. Con esa cara larga y pálida que tenía, se puso a esperar. Le dieron un helado de naranja para aguantar el sofoco. Un barquillo bien desabrido. Para que se vaya acostumbrando, le dijeron. Para que el cambio no sea tan brusco y se quite ese calor de encima, querían decir. Aquí todavía quedaban helados. Después ya no habría nada. Nada, pero nada de nada –eso no se lo dijeron así para no inquietarla; se notaba a la legua que era hipocondríaca.

Que se le quedara pegada en la lengua. Eso temía ahora: que se le quedara la cucharita del helado de naranja pegada en la lengua en este lugar tan estático. Y también le daba una risa nerviosa. Que no se la pudiera sacar más de la boca. Que la lengua se mezclara con el metal de la cucharita y que nadie la socorriera –que él ya no la socorriera– y se quedara sola y con el cubierto pegado ahí, en la lengua, para toda la vida. ¿Para toda la vida?, le respondieron como con burla. La cucharita es de plástico; no se le va a pegar en ninguna lengua, niña.

Para ella era importante tenerlo claro. Saber que la cucharita no se le iba a pegar en la lengua, ni la lengua en la cucharita. No aquí, donde no conocía a

nadie y estaba tan muerta de calor y de hambre y de dudas y de corazonadas y de esos recuerdos que ya no la dejaban pensar. Ella, en realidad, pensaba que aquí ya no habría cubiertos. Ya no ya. Por eso le sorprendió tanto cuando le dieron el helado de naranja y la cucharita. ¿Habría sido él quien organizó el improvisado barquillo? Ella no tenía idea de que faltaban sólo unos metros. Cómo iba a saberlo si había llegado con el pecho trizado y la cabeza cubierta. Ella sólo quería pensar, si es que podía volver a pensar, que a él le gustaba el sombrero de bambú. También le gustaba el cielo abierto de los inviernos. Pero las visiones tomaron otro carril, se metieron en una zona gris perla, y él desapareció de su campo mental.

Entonces se comió el helado de una buena vez y se le pasaron todas las impresiones previas y los sofocos, y sintió que era muy amargo a pesar de lo desabrido, y se sentó en el taburete y se empezó a acostumbrar sin querer. Y se comió la cucharita también, total aquí ya no importaba. Ya no habría digestión, le dijeron. Ya no habría apetito ni sol de invierno ni cielo raso ni recuerdos. Sobre todo no habría recuerdos. Ya era hora de que entrara a despedirse, le dijeron. Sentía la garganta muy helada por la cucharita que quizás no era de plástico, pensó en un último y fugaz cálculo. Entre a despedirse, repitieron. Era una voz aguda la que le hablaba. Un coro, más que una voz, que se colaba por el aire o por las ranuras de alguna puerta que ella no veía. Camine derecho, sáquese la ropa, le ordenaron.

Y fue lo que hizo. Se despidió del sombrero de bambú y caminó derecho, con pasos lentos, no fuera a ser cosa que el pecho diera de golpe su estallido. Si se hubiera visto en un espejo le habría parecido que esa cara larga y pálida ya no era la suya. Tenía un brillo improbable cristalizado en los ojos. Bajó diez escalones que podían ser veinte o mil quinientos. Notó que no había distancias ni contornos. Antes de alcanzar el penúltimo escalón, miró hacia atrás o hacia arriba. Escuchó un ruido que no conocía; un ruido que le pareció metálico. Quiso decir algo, pero le dio miedo que el ruido se le quedara pegado en la garganta. O peor: que ella misma hablara con la voz del ruido. Lo que le dio más miedo, la verdad de las cosas, fue estar entrando en el silencio anaranjado y estridente del que le habían hablado y que ahora se escuchaba tan concluyente y le cerraba la cabeza.

Supermárket TDK

1

Horas de horas entre pasajes
y pasajes / trozos de queso que sacan / paquetes
de jamón por puro gusto
tomando botellines de vino al pasar
cortes de pan y cantidad de pavo que se pierde
para siempre en la noche de los tiempos

Vagabundear por la vida con grandes sumas de dinero
la escalera mecánica / sube y baja / sube y baja

Mujeres y niños colgados de la correa de transmisión

Todos han caído bajo
muy bajo
aquí
en el Supermárket TDK

2

Pero acá dentro / en el Mall Patria van
miles de tipos / a usar los baños
suaves / embaldosados
y gastan tiras y más tiras de papel confort
se sienten felices

Son clientes / usuarios o público en general

Pero los baños estarán ocupados infinitamente
o por una eternidad

Ellos viven una vida de verdad en el Mall
y con su Tarjeta Master / pueden pagar
cuentas de isapre o afp / seguro obligatorio

Hay que saber usar la tarjeta
me dice Ezra Pound

Yo voy al Mall y al Supermáket
y veo robar
Todos roban dicen los empleados
que están en los rincones

Nadie se informa del funcionamiento del Mall
el control de la estructura en sus cubículos
la gente que vuelve
y toma botellas de pisco al seco

Porque *es verdad que Todos Roban* dicen a coro
Una empleada le grita a su supervisor

La ciudadanía los adora

El supervisor pasa al supermercado
entre cajeras
y empaquetadoras
con sus carritos en la parte carne, fideos, conservas
fruta, bebidas y pan

Van con sus gorros blancos

Filas de comida preparada

Pero las pérdidas son grandes
muy grandes
Y desgraciadamente
le serán cargadas al cliente
Sólo al cliente

Invocación

Dios mío ayuda a Tita Santis / Ana Soto y
a la Carmen Gómez
a seguir viviendo.
Mis compañeras de generación.

Ayúdalas a ordenarse y seguir
las últimas vueltas de la vida.

Y por favor
no sé si debieran persistir con el Carborol
el Ravotril para la pena sin sentido.

¿Qué pasará oh Dios de Chile?

Creo que hay que ser fuertes
y poner el pellejo duro muy duro
ya que no caímos antes.
Nos salvamos
de la parrilla
y no desaparecimos en ningún volcán
tranquilo mar / ni cuesta Barriga.

Oh Dios
ayuda ahora a las mujeres de Chile
a seguir adelante.
Te lo pido.

El saludo de los Borbones (I)

Pequeño violín del rey carroza llena de oboes
soplo con las aclamaciones de una primavera de rosas
y el canto de los ruseñores en el castillo de Vincennes
he procurado proteger la caída de cada uno de sus muros de piedra
con mi arte entero incómodo indestructible
como un Rothschild y sus bandejas de plata
la chispa que faltó al poema de Francia se encendió en mí
San Luis rey de Francia un honor para los franceses
un orgullo para los chilenos de las tierras del preste Juan
cuando comienzo a vivir la poesía el universo de la poesía francesa se calla
para no hacerme la competencia me dije
porque soy la poesía de Francia hecha parque y jardín
que el universo de la poesía francesa había anhelado siempre
y no había logrado nunca
un siglo de altas cumbres pero sin viento
la poesía emitirá mañana desde Briançon bienvenidos los Borbones

El saludo de los Borbones (II)

Tan sólo por amor y sólo por amor
hora será
hora será sí sí sí sí
sí sí sí sí

Paja molida

I

¿Cuántos años, vieja, llevamos sin cosecha?
Estos mocosos son brotes chullecocos,
marranos que no quieren engordar
y a palos habrá que enderezarlos.

II

¿Qué gracia hay en azotar un par de nalgas pasadas a orina?
Yo renuncio a mis labores si no me sirven de primer corte
un potito oloroso y bien parado, de esos que hay en las vitrinas.

III

(Como a la vieja no le sobra tiempo para oír tonteras ni chamullos
de la huevera manda que la saquen ahora mismo).

IV

¿Por qué me martirizan si a todos los amo por igual?
Asco me tengo a veces, es cierto,
pero nunca me exploto ni me dejo explotar.

V

Viejo maldito que me tiene de labriego
que corta leña, que despluma, que zurce calzoncillos,
que apenas tengo diez años, no se olvide caballero.

Changles

Los cabellos de Aquiles florecen después de la lluvia, al salir el sol,
bajo la colcha de hojas secas, a los pies de los árboles.
En la olla negrean y se achican, pero se iluminan otra vez,
rodeados de papas cocidas y longaniza ahumada.

Dihueños

Pasaditos a cebolla y cilantro,
es grande y jugosa la paila con dihueños.
A golpes de lluvia y sol se criaron.
Los hualles ya no tienen ilusión.

Juan Carlos

El hígado y el martillo van atados a su cinto de joyero,
deja secar las maderas y fabrica su embarcación.
Hace años que lleva un anzuelo atravesado en los labios.

La trilla

Pensar y escribir sobre experimentos genéticos
y programas de higiene racial
jamás lo salvarán de ser un espécimen deforme,
un espíritu débil con parientes fracasados.

Y canta al semental de músculos bruñidos,
a las mentes revoltosas, al barrido del lumpen.
La Shoá se tranza bien en la bolsa electrónica,
los SS judíos no perdonan la deuda,
pero bienvenido al Sieg Heil! –si pagas.
No hay peor Gulag que una soledad cercada de alambres,
su Polonia, su Berlín, su Quilaco devastados.

Los campos de concentración están en los softwares,
en la manzana, la pera, el higo seco,
la magia negra de internet, dijo uno que se fue.

Aquí faltan árboles, tortillas calientes,
una ceba de mate, un campo a trillar:
tú eres la leña cortada, el prado sin deslinde,
el río que empuja,
el caballo que apacienta su dolor.

Vidrios rotos

Ciudad de México, 15 de marzo de 2010, dos semanas después del terremoto chileno. Línea azul del metro, dirección Tasqueña.

Una sábana blanca.

Una sábana sucia y blanca tirada en el suelo.

Una sábana que se abre y deja ver un montón de vidrios rotos. Cientos de pequeños trozos expuestos a la mirada de todos los que viajamos en este vagón del metro aquí, en el corazón de Ciudad de México. Vidrio molido, vidrio quebrado. Un fragmentado continente de vidrio con todos sus pedazos de distintas formas y tamaños. Ninguno igual al otro. Independientes entre sí, autónomos y soberanos, pero todos igual de filosos, igual de punzantes, igual de peligrosos.

Algo emparenta a esta sábana sucia llena de vidrios con la historia privada y pública de América Latina. No sé por qué lo pienso, pero la certeza es absoluta. La clave parece estar en la espalda morena de este joven que acarrea los vidrios. Mitad hombre, mitad niño, no debe tener más de catorce años. Es flaco, chico, de pelo tieso, con un par de ojos oscuros perdidos en otro lugar que no es este tren subterráneo. Ojos que divagan más abajo aun, o más arriba, pero no aquí. El joven se pasea por el vagón con el torso desnudo exhibiendo las cicatrices que tiene en su espalda. Son muchas. Una por cada vidrio roto que trae en su sábana. Cortes pequeños, uno sobre el otro, heridas leves y profundas, estigmas que le cubren el lomo entero. Y así, cuando ya la sábana está extendida en el suelo y todos hemos observado su espalda quebrada, el joven lo hace, ejecuta el acto que ha venido a realizar y se lanza de espalda a golpearse contra los vidrios de la sábana una, dos, tres, veinte veces.

Si le doy una moneda dejará de lastimarse, dice.

Si le doy una limosna dejará de sufrir, dice.

Pero no es tan fácil. La sola imagen paraliza. No me queda nada más que mirarlo mientras él se azota y desordena todo el mapa del continente

bajo su cuerpo. Es un gran caos. Los pedazos de vidrio saltan, se mezclan, cambian de lugar. El mapa se desarticula con cada golpe que se da en él. Se estrella con fuerza, con rabia, y por cada vidrio roto que se remueve, como en un caleidoscopio, comienzo a ver una imagen específica.

Un hombre sin cabeza en el titular de un diario mexicano.

Otro hombre sin cabeza en el titular de otro diario mexicano.

Cuerpos decapitados, cercenados, cortados, flagelados, intervenidos.

Manchas de sangre en el pavimento.

Y un vidrio roto es Tijuana.

Y otro vidrio roto es Ciudad Juárez.

Y otro Michoacán.

El mapa de México se tiñe de un leve color rojizo bajo la espalda morena de este joven.

Y por cada vidrio un grito, un llanto, un rezo.

Los cristales se van contaminando con otros fragmentos dolorosos. Imágenes familiares que vuelven a la memoria. Trozos quebrados que se quedaron allá en el sur de Chile, de donde vengo. La rueda de la fortuna de un circo que ya no existe, en una playa de Iloca que tampoco existe. Un barco varado en el centro en ruinas de Talcahuano, lejos del mar. Casas en el suelo, edificios partidos, puertas solitarias, zapatos huachos, tablas, escombros, neumáticos. Todo desperdigado y suelto, quebrado por los movimientos de una tierra de vidrio que se triza y se rompe cada vez que quiere. Y por un mecanismo extraño y secreto Ciudad Juárez y Constitución se vuelven una sola en esta sábana sucia. Y los gritos son los mismos. Y los llantos y los rezos. Y aparecen más trozos sueltos. Pedazos añejos, de otro tiempo, pero igual de filosos. Y veo Tlatelolco en Ciudad de México el 68, y allá están las minas de cal de Lonquén llenas de muertos en el Chile del 78, y también tres profesores degollados camino a Quilicura en el Santiago de Chile del 85, y los trocitos desperdigados y enterrados del cuerpo de un joven llamado Hans Pozo ahí por el 2000 y algo. Y más. Y más. Y más. Y entonces el joven me dice que si le pago esto se detiene. Que si le doy una moneda esto se detiene. Que sólo así esto se detiene. Con dinero, con propina, con limosna. Y se levanta de la sábana con su espalda herida y

extiende su mano frente a mí, con un gesto aprendido por siglos, para mirarme con esos ojos oscuros, exigiendo que le dé lo que necesita.

Es un hombre o un niño. Podría ser mi hijo. A lo mejor lo es en la fantasía de este continente de vidrio. Soy la madre de un niño quebrado y no hago nada más que quedarme inmóvil frente a su exigencia.

Sólo lo miro con miedo.

Sólo lo miro con mucho miedo.

Durante vidas lo he mirado así.

Aburrido de mis ojos cobardes, mi niño roto se va con sus estigmas de siglos en la espalda morena, llevándose ese continente de vidrio envuelto en una sábana, a sufrir al siguiente vagón.

Él empezó

Hace poco me agarré firme
a combos con un huaso
más alto que yo, sí, aunque no más grande
cuando todos en este orbe son más altos que yo, pues
soy una Safo menuda y chiquitita
a la que le hace falta un cáliz, cálida
forma de cáscara de poroto verde
como para ponerse al día
como para hacerle chupete, humedita
lengüetear sus superiores e inferiores.

Puños al aire, mangazos,
salí pa tras.

Me duele el ojo.
Faltó sparring.

Anhelo y constatación

una Beatriz Portinari mas no de 9 nueve años
 como la del florentino sino una treintona
 o cuarentona muchacha húmeda
 perra borracha de preferencia
 madamisela o madama
 con auto casa en la playa y todo tipo de implementos
 domésticamente vulgares pero de primera necesidad
 como un minibar como un dvd
 (me trastornan las películas de amor
Brazil
Efecto mariposa
 o *Pride & prejudice* por ejemplo)

yo ya no fui no soy artista no necesito escribir ninguna cosa
 toda vez que *nel mezzo del cammin di nostra vita*
 –que citar a un pedante–
 me rezagu 
 esencialmente soy un gigol /cafiche frustrado
 un pobre g e n un conchesumare
 falto de clítoris y cariño a quien lamer
 pues
 cuando le  *Cartas a un joven poeta*
 del machetero y arribista Rilke cach  me di cuenta al tiro
 que yo no era poeta
 que podía pas rmelas
 por esta vida
 sin escribir siquiera
 el más mísero verso

Después de lo de anoche, despierto en un banco del Parque Bustamante con la media caña, con el medio sol, con la terrible sed, cuando todavía me quedan (más encima) cuarenta cuabras para llegar a la tumba

ABRO MI BILLETERA NO VALGO NADA

abro mi billetera no valgo nada abro mi billetera no valgo nada abro mi billetera no valgo nada

Sujeto a control de psicotrópicos

ahí está se le puede ver de pie frente al espejo moviéndose
 un John Self cualquiera con revistas de lencería por doquier
 realizando fintas tirando veloces uppercut imaginarios
trato de darle a mi adversario en la punta de la nariz
porque intento hundirle el hueso en el cerebro
 se repite a sí mismo estas palabras de Mike Tyson
 el peso pesado orangután comeorejas
 y luego nuestro héroe en voz alta repite y grita
 la sentencia de Nietzsche aquella de que
todo talento debe desplegarse en la lucha todo talento debe desplegarse en la
lucha

y luego como su cochambre cabeza está enfermita
 también recuerda las palabras del anglicano Eliot esas de que
a nosotros sólo nos queda intentar lo demás no es asunto nuestro

se va la noche llega la mañana
 la ordinariez de persistir se apelotona pesa mucho
 lavándose la dentadura como siempre entre arcadas
 sin Black Sparrow Press whisky Raymond Chandler ni mujer
 poniéndose los bototos enfrentando la calle parándose en el kiosco-esquina
 leyendo los titulares y utopizando un rato con una futura pega
 ¡ahora sí –piensa– bien remunerada!
 sigue por la vereda espera el semáforo
 cruza el paso cebra difuso y ya gastado anodino ejercicio el de persistir
 piensa
 pero siempre como ante la inminencia de algún imprevisto
 imprevisto que jamás llega
 aunque logran bypasear en definitiva las recurrentes
 obsesivas apariciones del fin

¿recuerdas cuando trabajaste como lector de medidores?
tu mejor y peor época sin duda una cachá de años bipolares
ausencia absoluta de mujer hartazgo de mujer
bajo el yugo de una empresa subcontratista
toda vez que te tocaba un edificio inmenso
a veces incluso de esos inteligentes
resaca caña mala vamos oteando hacia la playa de estacionamiento o hacia
la acera
mientras la gente hormiguitas allá abajo tírese compadre vamos tírate
huevón
más de alguna vez estuviste a punto
(¡plash! asfalto de aparcamiento manchado por un porrazo resolutivo
y fatal en gravedad cuando ya tarde para arrepentimiento de último
segundo de hombre goma que no rebota)
lo cierto es que siempre has sido un cobarde
a los 15 dijiste que ni cagando llegarías a los 25
a los 25 dijiste que ni cagando llegarías a los 30 y a los 30 dijiste
y así dale que dale toda una vida estultamente
pegado pegado pegado
bajo una idea fija e improductiva
única hermosa idea fija que aún nos mantiene parados
piensas
mientras piensas
y no haces nada

El pasado

*No sé de dónde vengo
 No sé quién soy
 No sé cuándo muero
 No sé adónde voy
 De ser tan alegre me asombro*

MARTINUS VON BINBERACH

Había un hombre que decía que la amaba. Le hablaba de la forma de su cabeza, de la forma de sus huesos, de sus pies. Le daba terror, se veía como una niña mirando desde el balcón la luz que se acaba. La hora, llamada poéticamente el crepúsculo, de una tristeza insuperable. El hombre la miraba a veces con ojos de odio, según ella. Dame, dame lo que te pido, no es mucho. La traición, era la muerte de ese amor. Pobre hombre, tan amable, caer en eso. Porque ella miraba los árboles y pensaba en el agua repetida y en barcos y en hombres sabios en las islas. Pobre niña. Se sentía como un animal débil y creía que la veían así. O lo contrario, el monstruo, tan mala. No. Veían el cuerpo y le terminaba por dar asco. Asco la saliva, asco la carne blanda y blanca y un poco flácida. No: qué movimientos tan hermosos a veces. Las manos suaves y la comunicación automática. Sin decirnos en ningún momento ni una sola palabra llegábamos a ser una sola persona. Un mundo secreto, el jardín secreto por ejemplo, así de infantil, más allá del descampado, en el silencio, con las palabras. Otra realidad, no la de la saliva. Pobre niña. Quizás amaba, quizás, nada más. Qué querían decir: darse, darse, tener hijos o algo así. Pero cómo con esa tristeza, pobre niño que tiene que venir al valle de lágrimas. Pero el sol y las aguas y los cuerpos y las voces, oh, las voces, los cantos. El cuerpo se echaba a perder, el aliento se echaba a perder, pero las voces, las voces.

—Eres una perra infeliz malagradecida.

Qué triste, le dijeron eso. Por la traición. Muchas mujeres hablaban de sus suposiciones. Creían saber todo del mundo porque creían saber quiénes eran. Ellas sabían vivir, tenían hijos o no los tenían terminantemente,

hacían esfuerzos, trabajaban bien, escribían bien, se movían bien. Mujeres de éxito, llenas de amistades. Iban a fiestas. Compraban ropas formales. No eran unas putas perras. No eran tan lindas pero eran tan buenas. Tan engañadas. Sabían cómo satisfacer a un hombre. Sabían ser malas, hablar mal, a veces se aburrían, a veces se deprimían. Porque se aburrían se deprimían. Tomaban pastillas o drogas. No, no se emborrachaban. Se emborrachaban y enloquecían. Una vez dijeron si acaso era loca, tan simpática se ponía, tan rara. Tú no sabes vivir, tú estás como muerta, le decían. Tú estás muerta. Tú no has vivido. Yo vivo con este dolor en el estómago. Tengo tormentos. Tú qué vas a saber, te crees superior. Qué vas a saber. Sabes trepar como una araña y te escondes en tu rincón para atacar en la noche a la mano que te dio de comer.

Todo eso le dijeron. Y no había comido nada: estaba completamente desnutrida, con el torso inflado. Perdóname, en la muerte te amaba. Cada vez que lo pienso. Estaba ahí y no sabía: colgaba. Era cosa de sacar el soporte del péndulo, bajo la campana, muy pesada.

Hasta que se fue, dejó todo y apareció un ángel. Varios ángeles. Por el perpetuo socorro gracias Dios mío. La luz, la alegría. No saben quiénes son y no les importa. Hasta el ángel caído, anciano. Soñaba que la protegía del demonio. Le daba miedo. Pero el demonio eran los cuellos atados, el ahogo. Los ángeles se la llevaron. Cuando volvió supo que a la otra la habían asesinado. Le amarraron las manos y la tiraron al lago. Los ángeles se la llevaron. Le desataron las manos, le sacaron la aureola.

—Eres lo más lindo del mundo, te amamos, tú amas.

Las manos de luz en la oscuridad. Las calles lluviosas. Caminaba por la llamada manía ambulatoria. Viajó incluso un par de meses o semanas. Hasta el punto de caminar diez o veinte kilómetros al borde de una carretera. Pasaron algunos autos muy veloces, pero todo estaba quieto. Se encontró con unas ovejas, tocó una especie de junco con una flor morada y se movió como en un espasmo. El corazón le tembló de pavor. Camina diez o veinte kilómetros por el campo al borde de una carretera sin saber adónde vas ni por qué y crearás que hay un espíritu del campo al borde de la carretera. Camina tres horas seguidas sin noción del tiempo y perderás la noción de

ti. Camina sin parar y cuando te detengas gozarás la suerte de no saber quién eres. Pero volverás, volverás. Serás la misma y otra, otra, y querrás llorar del cansancio, y luego no serás nadie y serás tan feliz, entre las piedras al anochecer, en esa única luz, sin voces.

Ángeles y aureolas, qué pena, tan infantil. Puras imágenes pintadas, las fotos, la televisión, las películas. Los ángeles volaban y cambiaban de hemisferio. Es curioso que las palabras vienen de portar, de pasar. Salen los pájaros. Y todo el rato parece: aparecer, espectáculo, imagen, fantasía, espectro. Eso que pasa, claro. Poeta, poder, puer, pasa, pájaro, pucha: se dice desde el mil quinientos. Pucha qué fome. Putas qué lata. Escribir así, de ángeles y pájaros. Imágenes, imaginaciones. Ya tendría que dejarlo. Los círculos no son eternos: colapsan.

Es increíble, habiendo tantas cosas en el mundo, que caiga en este estado, haga esto. Teniendo tantas máquinas. Tanto espacio. Tanto cuerpo. Pero no hay muchos seres vivos aquí. Un gato aparecerá pronto. Ahora son mosquitos en vez de moscas, o además. No sé si habrán nacido aquí. Molestan alguna vez, al principio eran dos, varios o los mismos. La música, las voces. Tengo mis flores, las que tú me has dado, tengo los dibujos, tengo todo. No, no, no huyas de la nada. Tu olor. De la muerte y el amor. La única manera. Me acuerdo de ti y sueño contigo. La ternura, ternero, ternera. Los muertos de los que comemos. Romperse las costillas en el esfuerzo. Cosa común. El joven angélico. Viaja. El joven angélico. Viaja. Duelen las muñecas, duelen las costillas, el pulmón. Duele todo. Mira a la muerte aterrada con los países muertos. Queda a la mitad, medio temblando. Todos somos lo mismo y estamos tan lejos, tan lejos en las cárceles. No, no estamos tan lejos, estamos demasiado cerca. Y hay ángeles, y hay pájaros, y los otros, y las estrellas. El cielo tan azul hoy y una estrella.

Me parece que hablo y no se me entiende. Lo de la cárcel, que es básico. Tengo familia. Hablamos. Una gracia dada la soledad: “No sé qué hacer de mi vida”.

—No me digas otra vez lo mismo. Cállate. Piensa en los pájaros por ejemplo.

Las golondrinas viven en el aire y comen al vuelo los insectos, sus patas son muy débiles para el suelo.

A la loica le gustan los campos abiertos.

El pequén vuela ondulado y vive solo o en pareja, cerca de cuevas, y come insectos y ratones a veces.

La perdiz es asustadiza y come variado: granos, caracoles.

El peuco, escaso y difícil de ver, vuela rasante, es agresivo y se alimenta del néctar del chagual.

El pitío: con su típico vuelo ondulado, recorre los troncos más secos de quillayes y peumos. Vive solo o en pareja y es relativamente confiado. Se alimenta de insectos y gusanos.

La rara: solitaria pero confiada. Durante la reproducción vive en pareja; en invierno se le observa en pequeños grupos. Es fundamentalmente comedora de hojas, pero come también todo tipo de frutos.

El tapaculo, difícil de ver y fácil de escuchar, corre y salta por el suelo; prácticamente no vuela. Vive solo o en pareja. Se alimenta de insectos que saca de la tierra con sus fuertes patas.

El tiuque vuela a cualquier altura, camina o se posa en árboles. Vive solo, en pareja o en grupo. Come gusanos, huevos, carroña, restos alimenticios.

El tordo se mueve siempre en bandadas bulliciosas y confiadas. Come polluelos, insectos, almendras y otro tipo de frutos.

Yal, pajarito que se parece a un chincol.*

Leo: Al ángel le gustaría quedarse, despertar a los muertos, unir lo que ha sido destruido. Pero una tormenta viene desde el Paraíso; ha atrapado sus alas con tal violencia que el ángel ya no puede plegarlas. Esta tormenta lo expulsa al futuro desde el cual vuelve, mientras la pila de escombros delante suyo se levanta hacia el cielo. Esa tormenta es lo que llamamos progreso.** Hasta ahí no más llevo.

* Tomado de una perdida guía de pájaros chilenos.

** Walter Benjamin.

El ángel no podía unir lo destruido. El ángel sólo puede caer.

Pájaros, ángeles. No, digo yo. Perdí el miedo a morir, a que te mueras. Ah, tus ojos son tan lindos. Estamos tan vivos. Cantamos. Escuchamos. No te vayas, no me dejes. Es tan lindo mirar la luna, la niña con la luna en su balcón. Hablamos de pornografía. Todo pasa. Sin decirnos en ningún momento ni una sola palabra llegábamos a ser una sola persona. Hablábamos. Te ibas, te vas. Se van, se van los deseos. El amor perdido. Me duelen las rodillas a veces, a veces el costado, a veces la espalda. Pienso en las voces, no en los pájaros. Como que estalla el corazón, algo estalla. Correr como caballos, caminando en Irlanda, siguen los animales. ¿Será por la formación católica? Los dragones, el cordero, etcétera. Qué chiste, era muy doloroso. Busco las palabras: indagar: seguir la pista de un animal. Los poetas hablan de cavar. Y yo no busco ni demonio ni ángel. Digo yo.

Anduve por unas playas y el mismo día que volví, enferma, apareció el hombre. Entonces no hubo ángeles ni alaridos, sino el resplandor. Mi suerte es asombrosa. Sombra para un sistema luminoso. Un hombre en la sombra. Seguir con el hombre al fin a la luz y en la sombra, y los pájaros obviamente cantan y a veces se oyen como no se oyen.

El gran emperador

Maldito gran jefe poto blanco
facineroso fascista y cornudo
me cagaste la vida canalla.

¿Por qué? Porque me odiabas
y sabías que ella era mi amor
que era la única que me retenía
que me contenía.

Porque no iba a enfrentar
a los abuelos a ti y a todos
si yo era un pobre joven poeta
y poco hombre.

Tampoco me iba a vender.

Pero a ti no te voy a perdonar, Bruno Ripaldi.

Te rechinarán los dientes en tu fin
y chillarás como un cochinillo.

Misión cumplida

Madre yo sé que toda tu vida
fuimos nosotros tus cuatro hijos.
Somos cómplices en la ecología y en los animales
y creo que he cumplido contigo
y tú conmigo y tus nietos.
Has cumplido con creces con toda tu familia.
Yo sé que tenemos posiciones adversas
en la política y en la religión
en tu afán por cuidar los pesos.
Pero ésas son cosas que a todos les ocurren con los años.
Cuando me pongo a recordar
pienso que salíamos de esa humilde casita
en Rodrigo de Araya y cómo era nuestra familia:
íbamos a veces a buscar agua
adonde la señorita Cristina
o mi papá hacía puras locuras.
No sé si hubiésemos salido de ahí
si yo no hubiera estado en Dimacril.
Y los perros: a veces quisiera criar perros.
Pero ya va quedando bien poco de todo aquello.
Muy pobres pero con hartos cuadros y más libros.
Mis hermanos el colegio
y el cambio radical a Providencia.
Yo te di la noticia de que mi padre
tenía un cáncer terminal.
Muchos han muerto desde entonces
pero tú mi viejita linda no te mueras
porque te voy a echar mucho de menos
y aún necesitamos un consejo más.
Y también saber de mis hermanos y sobrinos.

El Totoral

Tengo una casa en el campo
La rodea un poco de pasto por todo el contorno
Yo lo llamo el pasto de los conejos
Cuando es verano y todo está seco alrededor
Los malditos conejos se vienen a comer
Todas las plantas y al pasto lo hacen chupete
Hasta aquí hemos convivido
Y nos hemos podido tolerar
Tampoco voy a tratar de matar a los conejos
Antes había una pareja de zorros
Y también codornices
Ahora sólo quedan los conejos
Y algunos pájaros porque muchos ya no se ven
Había unos jotes tremendos
Había loicas pájaros carpinteros y picaflores por todos lados
Ahora hay casi puras vacas y animales humanos
Éstos son los peores
Bueno hay que ir con el paso del tiempo
Y éstos son los peores tiempos que me ha tocado vivir
Adiós hasta nunca

El mejor

Son tantos los filósofos alemanes
que si pudiera elegir al mejor
creo que sería a Nietzsche.

La verdad es que me gusta leerlo
porque escribe en un lenguaje
que puede entender cualquiera
y cosas de real belleza poética
y de una profundidad filosófica
de proporciones colosales.

Relazione del primo viaggio intorno al mondo

*El cerebro es una masa caliente, blancuzca,
incapaz de generar pensamientos.*

ARISTÓTELES

—Doblando la procelosa raya del horizonte, ¿qué hay? Te lo habrás preguntado muchas veces, como todos, mirando hacia esa lontananza curvada. Pues te lo diré ahora mismo y sin rodeos, Gil: Nada. Porque aquel fluido que el alquimista intitula éter o espíritu sublime, descubrimos navegando, bien a las cortas, no es otra cosa que Nada. Y en medio de eso, de aquella oquedad, es que nos preñaremos para siempre del más vivo de los espantos, por no ser agua, aunque lo parezca, lo que machetea incansables las rodas de las naves, ni espuma lo que salpican sus babores y estribores. Sólo lo ilusorio, arriba y abajo. La horrorosa eternidad del vacío pasando por las bandas. Dicho esto, Gil, ¿cómo Mefistófeles darle la vuelta a ello si no entendiendo que al hacerlo sólo se circunvala la inmensa fantasmagoría?

Una estrella fugaz cruzó la comba, subrayando con su fuego celestial las palabras de Faleiro, quien continuó su parlamento agregando en tono seco:

—Bien sabido es que hay una sola Mente y que sus sabios pensamientos crearon a través del Verbo Divino a todos los hijos del Altísimo. De la misma manera y cumpliéndose el axioma de Hermes, el Tres Veces Grande, que nos alumbraba con la certeza de que como es arriba es abajo, los hijos de Dios son cocreadores con su padre y, utilizando parte de la mente divina, precipitan el producto de sus pensamientos a modo de manifestaciones físicas hacia el mundo de las formas. O sea, de agua, de aire, de cormoranes, de cuadernas, de áncoras y de velámenes. Nada, Gil, sólo vanos pensares —dijo el Cosmógrafo, escupiendo dos veces, apoyado en la higuera rugosa que era nuestra única suntuosidad, nuestro único lujo en aquella mansión de penurias, donde lo adivinábamos en cuclillas y haciendo trazos en el polvo, como el Cristo cuando le preguntaron qué hacer con la adúltera—. Pues fue así, quebrando la línea del confín, como las naves de Fernão de Magalhães

enfrentaron esa dura verdad, a la que a mí, por soberbia, sí, por mero orgullo, y por pecaminosa necedad, no quisieron prestarme oídos en su hora. Y fue de ese modo que cayó sin más la flota en los abismos. Sólo gases y partículas de polvo reflejadas, apenas, en el espejo atormentado del oleaje.

Alguien soltó a lo lejos una carcajada larga y áspera, antes de que Falei-ro siguiera con su monólogo. Otra risa, más cristalina, como de niño, nos llegó desde algún lugar de la Casa de Encierros.

—Perdida la Luz del Génesis, debíase navegar por un cielo en tinieblas en pos del Rayo Primordial —dijo como para sí, entonces, el Cosmógrafo—. Y luego comenzar, lentamente, a crear y crear y crear el Mundo tal como Él hizo en el día primo, golpeando con el eslabón de la voluntad, sin tregua, el pedernal de la imaginación —agregó con cansancio—. Hasta que arda la llama. Y seguir singlando por la materia así creada a chispazos del espíritu que nos habita, día con día, sólo para continuar navegando por la Obra Divina que, por cierto, ha quedado inconclusa más allá de la línea del horizonte, realidad que sabe hasta el más basto apaleador de olivos del Alto Alentejo que vara en mano mira hacia la mar entre las hojas cintilantes. Y eso ya se me hace mucho decir. Pero, ¿quién podía hacerlo, hallándome yo aquí? ¿Quién de esos simples comprendía a cabal manera aquellos misterios sutiles, ocupados como iban de que la galleta que comían ya no era más pan sino un polvo lleno de gusanos que habían devorado toda su sustancia? ¿O en que les venía muy olisca el agua? Si no era esto era aquello. Afanes todos burdamente humanos e impropios, regados allí por el Diablo para distraer de su destino al elegido. ¿Quién capuchinos iba a crearse así un islote siquiera, con ese puño de gañanes ocupados, míseramente, de las putísimas galletas y los gorgojos y del agua de las barricas cuando debieron mirar hacia lo Alto y esperar el maná que verterían los astros, a raudales, tenlo por muy cierto, tras la creación de cada roca, ínsula, cabo o ensenada, tal y como yo quise, con empeño y en balde, enseñarles? ¿Acaso podrá crear lo que resta de Mundo el bruto de Lombardo, que nunca oyó mentar ni siquiera a las Perseidas? El primer error que cometen esos homunúnculos mientras roen sus galletas embromadas es imaginar que viajan por la mar. Sí. Y ése es el principal y el más elocuente de todos sus yerros si queremos

aspirar a la exacta medida de su insondable torpeza. La Nada Negra, allí navegan, ésa de donde sólo el hombre instruido, el hombre henchido de Dios, puede, por ventura, sacar provecho merced a las lumbres de su voluntad y al influjo Divino. He de decir en este punto que en sueños y visiones, inspiradas todas y cada una de ellas por el Santo Espíritu, queda claro que yo, Don Rui Faleiro, Cosmógrafo, Geómetra, Astrólogo y Astrónomo, he visto el Universo egipcio. ¿Y qué es? Un ataúd, un sarcófago alargado de norte a sur, idénticamente igual que su polvoso país momificado. Y he vislumbrado ahí cómo alrededor de la Tierra discurre el río Ur-Nes, del cual el Nilo es uno más de sus brazos. Es, fíjate bien, un río que mana desde el sur. Y he podido apreciar allí claramente cómo durante el día el Sol recorre el cielo, vagando libre y lentamente de oriente a poniente, para abordar durante la noche un barco que rodea la Tierra por el norte, navegando ese río Ur-Nes, hurtando de tal modo la luz y mezquinando su resplandor a los seres tras de las escarpadas montañas del Dait. Y tampoco negaré aquí, Gil, mis caldeos saberes, que en bien poco y nada difieren de las sabidurías hebreas. Allí el espíritu de Dios se mueve sobre la superficie de las aguas en el primer día de la creación, gracias a esa palabra sagrada original que se pronuncia ruaj, lo que en hebreo significa viento. Es ese aire nada menos que aquel soplo, aquella ánima, el propio que alzó a nuestro padre Adán de entre la arcilla húmeda para darle un destino inmortal. Allí Dios puso primero el firmamento engarzado entre las aguas superiores y las inferiores. Esto es Rakía, la vieja palabra que nombra lo que hoy llamamos Cosmos, y que a la vez y a un tiempo también significa Vacío. Sopló para los babilónicos Marduk el viento y separó las aguas del cuerpo de Tiamat, y así la tierra firme surgió como un sedimento de las aguas primordiales. Pero no, claro, Magalhães y sus rastacueros surcan por la mar océano, sin comprender, ni por un instante siquiera, la naturaleza mágica de su cometido ni nada del espacio donde esa altísima operación debe de efectuarse.

Se hizo un largo silencio, al cabo del cual los sonoros ronquidos del Cosmógrafo fue lo único que rompió la mudez de la noche. No recuerdo grillos, ni ranas, ni chillidos de murciélago. Sólo el respirar de Faleiro, su roncar igual que el aserrar de una sierra en el tronco de una encina verde,

trabajoso y desacompasado y chirriante y rasposo, amén de ingrato, tal la vida misma de quien lo emitía, sentado ahora en la arena, perdido, con la cabeza descansando en el tronco de la higuera invisible. ¿Estaría todo en verdad girando hacia el día próximo, hacia otra mañana improbable? Entonces fue que sentí, en aquel templo del dolor que es la Casa de Locos de Lisboa la presencia de Cmun, el Dios de la primera catarata, sí, el Dios de las fuentes del Nilo, reinando en plenitud con su cabeza de carnero sobre las aguas que circulaban por el mundo inferior acompañando a Ra en su singladura por la oscuridad de la noche. Cmun, el viejo Dios que en su torno de alfarero creó a todos los seres vivos, Dioses y hombres. El mismo que dio forma al huevo primordial de donde brotó la luz solar al comienzo de los tiempos. Cmun, Cmun, susurré, como llamándolo, y entré así con su nombre en los labios en un sueño de agua oscura, gregoriana, aquel rocío que se recoge en el bosque después de la luna nueva, al amanecer. Aquella santa agua, digo, que tras filtrarla de toda impureza se la guarda en una vasija de cristal con una pulgarada de sal y otra de polvo de incienso de olivano. Un sueño fresco y hondo que se irá evaporando, lo sé, mientras mi alma se acoge a la libertad magnánima, pasajera y lustral de su rocío.

y vuelta hacia el dentista veo // esas enormes letras en la bodega
que hoy sirve de reclinatorio popular // : “tu problema no es más grande
que Dios”

no he podido evitar leerlo todos estos años // cuando mi tratamiento se
alarga buscando un cuerpo podrido // un nervio mugriento

a veces lo esquivo para leer sólo: “tu problema”
pero la memoria canalla como la encía canalla // completa el resto
la automática la mecánica pongámosle la neumática // memoria que no
sirve
para recordar la servilleta el orégano en el supermercado // sí retiene // sí
completa el
“no es más grande que Dios”.

mientras mi vida se ha ido empequeñeciendo // leyendo la leyenda
pienso // carajo // qué problema tan grande puede salir de una vida
diminuta
como si de una angustia minúscula // saliera un dios chaparro //
pongámosle
un dios pigmeo // un microbio omnisciente que siempre // te da sombra.
no quiero volver al odontólogo // ese primo hermano del teólogo // no

hasta que el “problema” me haya convertido en un cajón de frazadas
en una mancha de pebre // en una rana de mimbre.

todo tiene un final, etcétera.

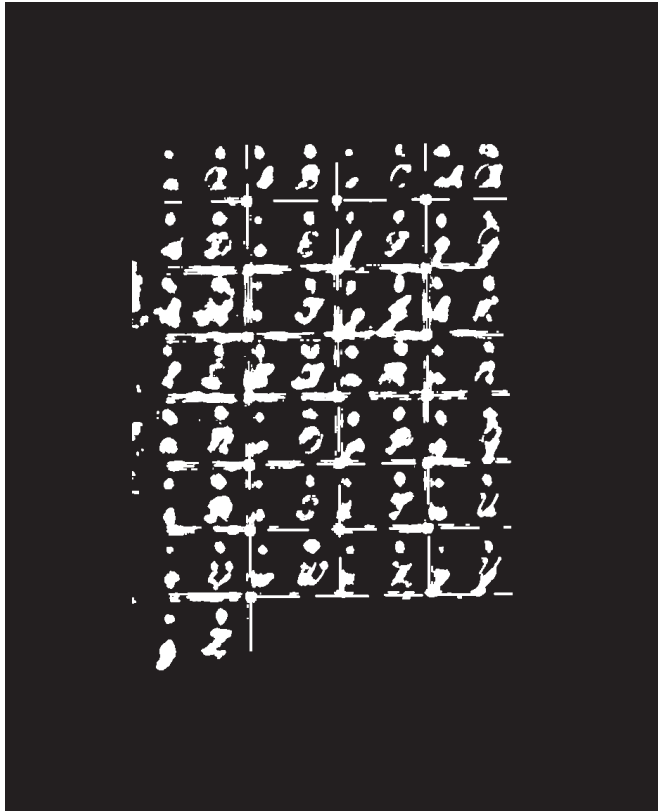
[muere, gonzález, muere]

me encanta escribir en chile porque tengo todo el catalán para mí solo.

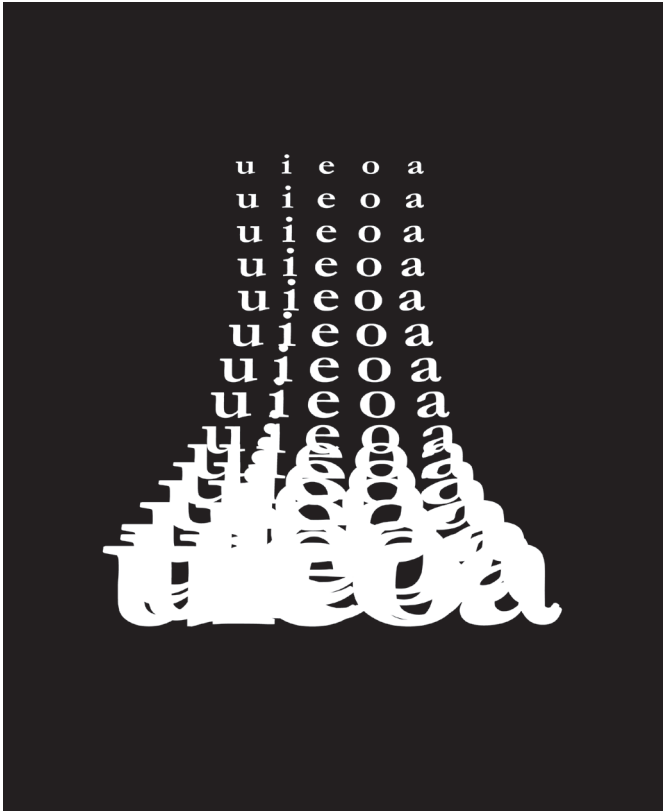
yanko gonzález

Letras y signos

Alfabeto gastado



Grados de perceptibilidad de las vocales



 nbsp;

& & &nb
nb; sp; &nb
hb; sp; &nb
n; sp; &nb
&nb; sp;
&nb; sp; &nb
sp; &nb;
&nb; sp;
sp; &nb;
&nb; sp;
sp; &nb;
&nb; sp;

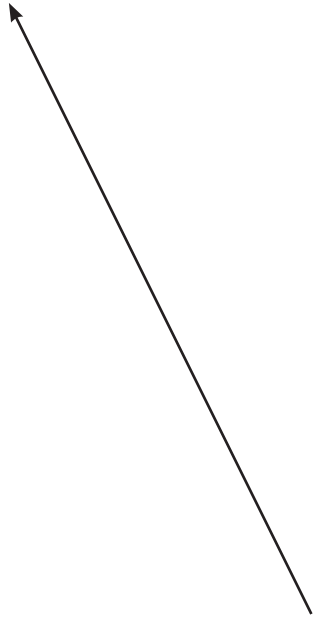
Muac ac ac



martín gubbins

Diagramas y gráficos

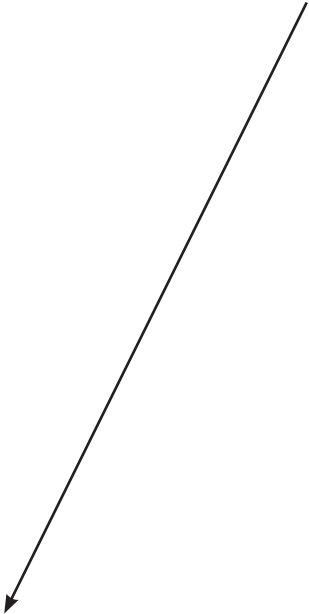
Primera instrucción



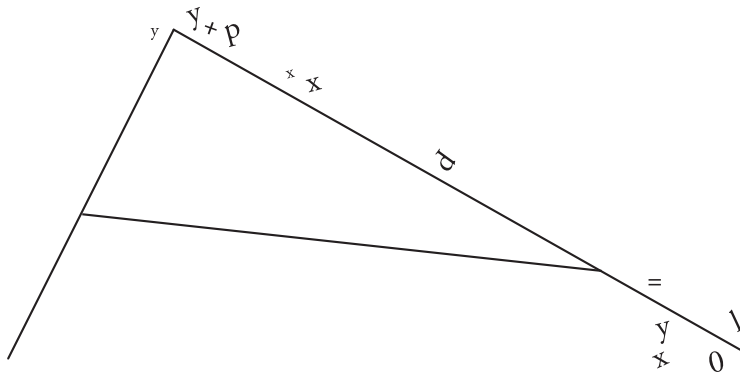
Leer aquí

Segunda instrucción

Mirar allá

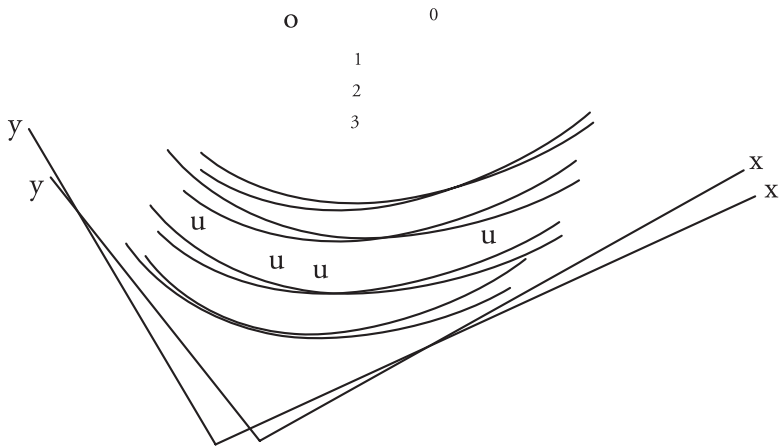


Presupuesto del consumidor



Cfr. Robert Cooter y Thomas Ulen, *Law and Economics*, Addison-Wesley, Boston, 1997.

Indiferencia del consumidor



Cfr. Robert Cooter y Thomas Ulen, *Law and Economics*, Addison-Wesley, Boston, 1997.

Aforismos a medio morir saltando

La verdadera razón por la que tantos se dedican a la literatura: para igualar bajo la sintaxis los accidentes de su cutis.

Escribir es el equivalente exacto de la vida conyugal: una forma de vivir con otro sin moverse de sí mismo.

Para existir, el aforismo precisa una cierta coquetería del desánimo. Debe fingir un pequeño hartazgo, un suspiro satisfecho al final del banquete. Requiere el ingenio, pero lo requiere tibio. Aunque necesita la fugacidad, se sabe pensado para ser citado, construido para ser sólido y eterno, escrito para siempre.

El aforismo tiene que ser incompleto y confiar ciegamente en que el lector lo va a completar.

El lector de aforismos es un hombre impaciente que detesta que se le explique demasiado una idea, pero que tampoco aguanta que se le deje en la nebulosa. Para él, la precisión debe ser milimétrica y, al mismo tiempo, tiene que dar la impresión de ser natural, casi azarosa.

El aforista puede ser dos cosas: un aristócrata o un preso que tiene poco papel donde escribir. Tiene que estar apurado o tener todo el tiempo del mundo. Tiene que vivir en la urgencia o mirar con desconfianza cualquier prisa.

Toda novela cuenta el viaje de un hombre, o de varios hombres, de la moralina a la moraleja. Las malas novelas sólo invierten el sentido del viaje.

Saber leer lo que un texto no dice, lo que iba a decir y no ha dicho, lo que podría haber dicho, es para el artista, como para el político, una nada despreciable ventaja. Los disléxicos contamos con ella desde el nacimiento.

Ser escritor es ser ese cantante improvisado que se levanta en medio de una comida de oficinistas y de pronto, con su sola voz, deja atrás, como si se tratara de una ilusión, su chaqueta, su afeitada a medias, su corbata. Da lo mismo si lo hace bien o mal. Por el solo hecho de cantar en medio de la comida ya no podrá volver a ser uno más en ella. Ha roto la continuidad y la lógica, y si no es capaz de traer a la mesa una nueva y enriquecida continuidad, tendrá que pagar los destrozos.

Para escribir –como para cantar– se requiere tener cierto tipo de impudor o una hipertrofiada necesidad de hacerse notar. Los buenos escritores se parecen en eso a los escritores pésimos. De hecho, cualquiera que haya estado en un taller literario sabe que es fácil transformar en un buen escritor a un completo mamarracho convencido de que es un genio. Mucho más difícil es que alguien con talento pero con sentido del ridículo escriba algún día seriamente.

Los más sentidos y patrióticos minutos de silencio, cronómetro en mano, nunca duran más de veinte segundos. Si durarán más, nuestros homenajes a los muertos correrían el serio peligro de matarnos.

La insoportable duración de un minuto nos ha hecho convertirla en una metáfora de la eternidad, porque la eternidad es justamente eso: estar solo un minuto.

El tiempo es un derivado de la vida social, de las raquetas con que las señoritas juegan bádminton en tardes de flores y abejas.

Dice mi abuela: “La persona más tonta que he conocido soy yo a los veinte años”.

No le pidan a un joven originalidad: todo su esfuerzo está puesto en ser parte de la especie.

Esa yegua tan joven que se encabrita y espanta cuando ve su propia sombra.

Adulto; es decir, irreparable.

La vida adulta no mata: sólo se contenta con aplastar.

Con un hijo, todo empieza a ser una despedida.

El miedo y la risa cumplen la misma función: avisarnos que viene el lobo. La única diferencia es que la risa dice que viene con los dientes cariados y una pierna renqueante.

El miedo es siempre miedo a la muerte; la risa, su negación.

El humor es la continuación de la guerra por otro medio.

El humor, ese arte marcial.

Hagamos el amor y no la guerra, decían los hippies, lo que equivale a decir hagamos la guerra, no la guerra.

Lugar común de las novelas, negado por la experiencia: el que sufre sin saberlo no sufre.

Tienen razón los abusadores: todos los no de las mujeres encubren un sí recóndito.

Al comienzo de nuestro amor, las mujeres enumeran, maravilladas, las razones por las cuales después nos van a dejar.

En toda mujer vive el instinto de una dueña de pensión: arrendadora de espacios libres que clausura y reabre según un criterio propio e inexpugnable.

Toda victoria sobre las mujeres es una victoria pírrica.

En todo loco vive agazapado un puritano y en cada puritano habita un loco enmascarado. El loco, un puritano sin Dios; el puritano, un loco que sólo cree en Dios.

La locura no lucha contra la razón, sino contra el dolor.

El triunfador, como el mediocre, es alguien que no tiene escapatoria.

Ser infeliz no es un problema, es una solución.

La soledad es una simple anomalía del deseo.

No saber desear le duele al que está solo como una culpa, como su única culpa: no haber sabido pedirle a ella y a la otra y a la que no existe que se quedara aquí esta noche.

Nada de raro que muchos de los grandes escritores sean también grandes convalecientes: sólo cuando saben que la novela tiene fin pueden empezar a escribirla; sólo cuando es peligroso y vano salir a la calle le imponen al cuerpo el encierro de la escritura.

Todos los días, al despertar, buscamos desesperadamente una cicatriz en el cuerpo.

Halloween

Deambulo solo
a altas horas de la noche
Las calles desiertas
mojadas por la lluvia
son espejos negros
que reflejan los esqueletos
de los árboles

Que la ciudad esté vacía
no deja de sorprenderme
porque mi mente está poblada
de personajes
Veo
calabazas iluminadas
con ojos triangulares
y sonrisas sin dientes
Adentro Afuera
¿Quién puede saber
la diferencia?

Miro las vitrinas
de mi pasado
en busca de disfraces
que ponerme
de disfraces que sacarme
¿Quién me viste?
¿Quién me desviste?
Mis pesadillas no están
en mi interior
pernoctan afuera de mi cuerpo

a veces en el aire
a veces en las paredes
En el mundo exterior
andan brujas y zombies
diablos y vampiros
que pasan por mi lado

Fingen que no existo

Dicen que mi fantasma
se aparece en las calles
de Iowa City
cuando estoy
en Santiago de Chile
Dicen los que espían
por las ventanas
con las luces apagadas
que me ven
deambulando solo
en las noches de Halloween

Toco el timbre de una casa

Una luz se enciende
Alguien abre la puerta

Entonces
el capuchón negro
la máscara blanca
el cuchillo en la mano

Trick or treat?

Testimonio

seguiremos escribiendo sobre abuelas, Salazar,
la mía por ejemplo trabajó 70 años
en las fraguas alemanas
y leyó los Himnos a la Noche
en los kuchen de frambuesas y de nata
y en la hiriente soda cáustica
que blanqueaba los retretes hacendales.
fue manceba de un navarro, carnicero y vagabundo
y habló en che sungún sus lentas y augurales pesadillas;
tuvo un hijo y fueron mil
las descendencias de sus manos
en las rocas, en las aguas cerriles
de una torva vecindad.
qué me dices, Salazar, cómo te explico
sus albricias,
la carne que ha comido, el bacín debajo de su cama.
las abuelas, Salazar, son cosa seria,
son cuchillos de hoja ancha que cortan nuestros días.
mi abuela, por ejemplo, tuvo ollas y sartenes
de fierro y de latón
y un reloj que cobardes mandrines le robaron sin piedad
una mañana.
era de oro el relojito, Salazar, andaba a cuerda,
con minutos brillantes y precisos, minutos de oro.
hay que ser muy desalmado, muy carajo
para ir y quitarle a una señora
su única alegría;
mas mi abuela abonó invernal las raíces de su huerto
y quemó sin titubear un nido de queresas
que colgaba cual racimo

de las vigas de su casa;
y mi abuela tuvo cáncer, Salazar, tuvo diabetes
como todas las ancianas de este mundo y del otro,
tuvo sueños, mil visiones donde ardían sapos y culebras
y ciudades tiradas por caballos sobre el agua.
sigue viva mi abuela, ya lo ves, y se mira
cada noche en el espejo,
sigue joven en la foto del cuarenta
colgada en la pared de su ranchita.
es ella y no es ella, claro está,
con sus rulos de actriz hollywoodense,
con sus labios pintados por el rouge
de los blancos salones de belleza
provincianos.

qué hermosura perseguían las abuelas, dime tú,
qué canciones cantaban para hinchar el corazón de sus amantes.
las abuelas tienen carne agazapada, Salazar,
epitelios ocultos nunca dados al placer,
una lengua en el fondo de la lengua
que ahora todos les quieren afanar.
el amor por los dialectos, dime tú,
¿no se transa hoy por hoy
cual divisa intangible en la bolsa de valores?
las abuelas como momias de altiplano ante las cámaras
parloteando en plano abierto
los idiomas desterrados
por la iglesia y la república;
la parodia del canto en sus gargantas,
el bolero ancestral acompañado por el son
de un turístico kultrung.
Nadie ve la cicatriz occidental en sus palabras,
ni el apero de las siervas medievales
que cargan como bueyes taciturnos a la tumba.

Oh, abuelas del jardín y la cocina
esperando en la mesa del pellejo
un destello de ternura y de respeto
en los ojos de sus hijos impostados.
seguiremos escribiendo sobre abuelas, Salazar,
sobre el tiempo detenido y pegoteado a sus enaguas,
seguiremos sacudiendo sus memorias en alzheimer,
sus orales epopeyas y canciones
de locas jubiladas y pueriles.
eso es todo lo que queda en el tintero, Salazar,
y el relato de un país de capellanes y de huachos,
de patronas coronadas por la muerte
en las páginas sociales,
de poetas y soldados que se dan de tarascones
por piltrafas,
mientras marcha hacia la tierra reducida
—¡oh, visión inagotable!—
en silente fila india,
LA CALLAMPA POBLACIÓN DE LOS VENCIDOS.

En la ruka de David

Largos años esperé por mi subsidio,
hermanito,
y el gobierno / padre nuestro / al fin me ha dado
la casita que tanto soñé.
Duro el piso es de tierra
y de escombros,
larga y verde ratonera en la techumbre
/ impermeable /
hondo el fuego en el centro
de mi gris ancianidad.
Los posters de mis bandas favoritas
RAMONES / THE CLASH / FISKALES AD HOK
cuelgan ya tiznados de la tibia paja seca
y mi honda originaria
/ el witrúwe ancestral /
aún me sirve para darles franca caza
a vacas y avestruces
en los fundos colindantes.
En mi ruka
el tiempo mira hacia el oriente
–mis canciones al sol de la montaña van–.
Aquí cocino / canto / hablo
y me emborracho,
aquí aprendo / recitando / viejos trucos
de los wingkas literatis
y escribo / por encargo de la CAM /
soñadas lyrics
para el coro de las machis
del futuro Nguillatún cordillerano.
Ya era hora de frenar mi lenta,

inútil diáspora, hermanito,
mi eterno tour suicida
por el ancho y sucio valle del Mapocho.

/ Ya era hora /

“El Byron araucano” me llamaron
los apóstatas,
el Sid Vicius de la poesía mapuche
—me dijeron—,

el aedo de las junglas de cemento,
otro fiel representante
de la más grosera de las tribus
catastradas por el INE.

Al final,

de mis versos siempre hicieron
/ sin pudor ni parsimonia /
una estrecha cueva de ladrones;
mil lingüistas / reporteros / antropólogos
me carnearon como jíbaros
el cráneo.

Conocí el estrellato de los perros,
hermanito,

a las groupies de Ñuñoa / Plaza Italia / de La Chimba,
inyectándose heroína y metafísica
y esnifando en camerinos malolientes
el polvillo adulterado del chamán.

Es por eso

que no estoy para tocatas
ni tomas de terreno,

hermanito,

ya no más enfrentamientos ni careos
con soplones y testigos
alquilados por la turbia y secreta PDI.

Guardo entonces mis banderas

/ FOYEWENU / COLO COLO /
 en arcanos barretines de Lumaco
 y La Pintana;
 guardo en tierra las clavas de los toquis
 y los Comblain oxidados
 de la última batalla general en La Frontera.
 Ya vendrán tiempos mejores,
 hermanito,
 para izar los sangrados estandartes
 en llanuras y montañas
 liberadas por los pewma
 de la Banca y la Escritura.
 Por ahora,
 ya sin broncas ni leyendas
 / ni tardíos editores /
 vuelvo a casa.
 Traduciendo mis poemas al spanglish,
 / al patois /
 y al sudado créole de las Antillas,
 vivo holgado de mis rentas
 / mis derechos /
MI LEGÍTIMO KIMUN / MI RAKIZUAM.

Oración

No es el aire la casa de tu sepultura.

Pace la oveja
en la triste partitura de los campos
y el cerdo, que ya cumplió un año,
está listo para la matanza.

Di esta oración: por qué velan
los hombres con cuchillos acerados
por qué arrojan sus botas
contra los espejos.

Por la noche aparece cabalgando
el padre de mi padre
un gitano que consulta su destino
en las aguas mansas del pozo:

hay caminos
hay niños manchados
por el espejismo de la luna
hay una soledad
a ti debida, dios sin prisa.

Di esta oración: adónde iremos
si la luz es una cinta delgada.
Quién nos recibirá
si no hay más que brazos dormidos.

Arden las locomotoras
y sus obras de ingeniería
 como fuegos mentales
 que el pecho alimenta
 con sus leños verdes.

Vuelve los ojos hacia la pared
y guarda tus estampas
en las grietas de la tierra.

Di una oración, reza
por tu linaje.

Santa Úrsula de rodillas

Si oyeras aletear al murciélago
cuyos ojos tienen la forma de una herradura.
Si olieras en sus fosas nasales
el perfume de las raíces que brotan bajo estas aguas.
Si vieras cómo tropieza
su delicado cuerpo contra los muros
la ciega embestida de su espanto
 contra los filos de una vertiente oscura.
Si vieras abatirse su vuelo bajo el granizo.
Si lo miraras yacer sobre sus membranas
como un dios de cristal fragmentado entre los arbustos

comprenderías el peso de su derrota
y la crueldad de las hebras
con las que forma la noche sus telas y sus alas.

Ciborea

Conté un mal sueño antes del mediodía:
un higo partido era mi cuerpo y mostraba sus semillas.

Volaba el gavián, chillaba
enloquecido por el olor penetrante de la pulpa.

Entonces forcejeó el viento,
me montó un coito terrible, de costumbre ajena,
la carne rosada se contrajo y se dilató fuera de la grupa.
Vibraron unas ramas, las piedras saltaron lejos del camino.
Dijeron en mi oído: la que mora entre las tumbas.

Grité el nombre de todos los esposos de esta tierra
mordí los tallos blandos del olivo
bebí aquel caldo seminal
que bajó hasta empozarse en las cavidades de mi vientre.

Me supo a cal, sentí el desierto arder sobre mis párpados.
Y vi a mi hijo, el niño perro de pelaje moteado
al que le lanzan piedras y maldicen
en todas las lenguas conocidas del mundo.

Habrá un parto sangriento, dijeron en mi oído,
y una columna de humos funerarios sobre un campo infértil.

Conté un mal sueño y era de amanecida.

Soy la que habita el precipicio de las sombras.
Soy aquella mujer a la que llaman tiniebla.

Nueve libros que se olvidan en la madrugada

Borgeana primera

William Tell dispone la manzana sobre la cabeza de su amada, quien le corresponde con una sonrisa. Vuelve sobre sus pasos, prepara la flecha, tensa el arco, cierra los ojos para intentar fijar su atención en su objetivo, pero se da cuenta de que no está en el bosque, sino que amanece y su apellido es Burroughs. El estruendo de un disparo lo hace fallar el tiro.

Borgeana segunda

Cuando Beatriz rechaza por tercera vez su propuesta matrimonial, Jorge Luis Borges se encierra a reescribir palabra por palabra la *Divina comedia*. A las pocas páginas se percata de que no cree en Dios. Desesperado, intenta en vano escribir poemas de quinientas páginas durante toda su vida y, cuando muere, el mundo entero lo reconoce por sus cuentos de gauchos.

Borgeana tercera: Monterroso no lee a Freud, lee a Reich

En el vagón del metro una mujer llevaba en brazos a su hijo. El niño permanecía abstraído en el dinosaurio de goma que llevaba en su mano, lo hacía caminar a través del cuello de su madre y de repente se quedaba mirando a los pasajeros para amenazarlos con un rugido bestial. Luego se quedó dormido. Soñó que merodeaba entre los restos de una ciudad destruida en busca de un lugar donde esconderse de las fieras. Se introdujo en un túnel, escuchó un estrépito y todo se volvió oscuro. Cuando despertó, la goma seguía ahí.

Borgeana cuarta

Sentado en el vagón del metro, me hago una pregunta y me la respondo: ¿por qué la nínfula de escote y falda corta que está a mi lado tiene que soportar la mirada censuradora de la vieja encamisada y de pelo corto que se sienta al frente? Por la misma razón que la respetable señora tiene que aguantar el descaro de esta impúber casi desnuda. Entonces, cuando estamos llegando a la estación Bellavista, las puertas se abren y la masa de gente que entra arrastra a un ciego al interior del carro. Ni la nínfula ni la señora se inmutan. Yo tampoco. No puedo ver nada de esto.

Borgeana quinta: Monterroso lee a Ponge

Un joven visitó a un viejo que se pasó la vida escribiendo un libro titulado *Jabón*. Llevaba una grabadora porque quería registrar la conversación y luego publicarla. Tras recibirlo, el viejo se dirigió al baño, se lavó las manos, sufrió un aneurisma y murió; así lo contaba el joven en su famoso ensayo *Jabón*, así también en sus célebres conferencias por el mundo. Ya anciano, se recluía en su casa para escribir sus memorias, que serían interrumpidas inesperadamente por la visita de un joven que llevaba consigo una sofisticada grabadora.

Borgeana sexta: fábula norteamerica

—Imagínate un edificio tan enorme que es imposible abarcarlo con la mirada —respondió el ejecutivo, mientras le dejaba una moneda en el vaso plástico.

—¿No ve que soy ciego? —gruñó el pifiñento desde el suelo.

—Para qué finges conmigo, hombre. Siempre te voy a dar plata. Es mi responsabilidad.

–Ya, ya. Cortémosla –puntualizó el piñiñento, mientras parpadeaba y escupía al suelo–. ¿Y qué hay en ese edificio? ¿Oficinas?

El ejecutivo sonrió.

–No. Espejos.

Borgeana séptima

Esa noche, un grupo de hombres se calentaba las manos junto al fuego. Tres de ellos intentaban convencer a un cuarto de que su vida dependía de un pájaro. El cuarto no lo pudo soportar. Repentinamente se levantó y mató a los otros tres, que en realidad eran uno solo. Ese hombre había criado en el jardín de su casa a un pájaro. Al amanecer, el pájaro trino por primera vez.

Borgeana octava y neutriana

Una mujer vive sola en una pieza de hotel, alejada de las fiestas de Neutria. Antes de acostarse saca los naipes de un cajón y juega al solitario. Una noche decide no abrir el cajón. Se viste, entra a un bar. Bebe, baila, se enamora y termina volviendo con un tipo al hotel. A la mañana siguiente despierta sola en su cuarto. Abre el cajón y ya no encuentra los naipes. El resto de sus noches las pasa de bar en bar en busca del tipo que le robó.

Emariana

Despertaba a sobresaltos en la madrugada, miraba hacia las barritas de luces fosforescentes que formaban los dígitos parpadeantes de la radio reloj despertador y notaba entre ellas la silueta de un minúsculo coleóptero café brillante atrapado en el marcador numérico. A las dos y cuarto el bicho parecía mover unas antenas. A las tres cuarentaiséis vio deslizarse con lentitud sus muchas extremidades articuladas y dentadas a través de la superficie plástica

del cristal. Tras una larga resistencia logró llevarse las manos sobre el vientre para comprobar que eso que sentía no eran insectos que se alojaban bajo su piel. A las cinco cinco el coleóptero levantaba apenas su caparazón, pero no cambiaba de lugar. No se atrevió a encender la luz: tanto temía que sobre el suelo de la habitación, encima de la silla, al interior de la ropa que guardaba en el clóset, bajo los guardapolvos, en las esquinas, las paredes y el techo bulleran colonias completas de bichos de diferentes tamaños, larvas y huevos abriéndose. A las cinco diecisiete presionó súbitamente el interruptor de la lámpara del velador, tomó la radio reloj despertador y la acercó boca arriba a la ampolleta encendida. La agonía fue corta. El insecto apenas anduvo de un extremo a otro del cristal, se estacionó y sacudió rápidamente los miembros antes de caer de espaldas, calcinado. Fue a dar al borde inferior de la pantalla numérica de la radio reloj despertador. No se movió más. Volvió a dormirse y soñó que era el último ser humano en una tierra donde los restos de hombres y de animales se pudrían al aire libre con pestilencia insoportable, mientras bichos gigantes arrastraban a algunos de nosotros hacia un edificio y nos distribuían metódicamente en habitaciones muy soleadas para que nos termináramos de secar.

Mar aún sin costa
Versoglifos del poesi de los pispidos

está la zorra pero quedará la vagina
madre de la materia del agua

ya de una vez corta el cable
abre la bola de nieve
y desesconde la vida

el tiempo
no es tu ruedo

el espacio
no es tu caverna

los cabos sueltos
no son para unir lazos
sólo se juntan
para dar señales

olvídate del futuro
ese fósil ya no va adelante
viene fresquito detrás tuyo
y como gran profeta
te cuidará las espaldas

hazte agudo
en oídos sordos
y ángulo redondo
muy movido

olvídate de la muerte
la muerte no es evidencia
de nada
ni siquiera de la muerte
es evidencia

tómate cinco mil años más de vida
y deja de vivir en décimas de segundo
vamos afloja mal agradecido
poco delicado
que hasta el amor puede ser un abuso
de confianza de la esperanza

suelta el cuello
necesitas una bañera de Ingres
que te madruguen los quásares
y al infierno con los magisterios

a ver
veamos
espera
un poco

el fondo del mar
subiendo
a la superficie del mar

sin
ensimismarse

claro
porque de la noche a la noche
a la mañana
no habiendo un venía de antes
no se sabe cómo chucha
hubo un mientras tanto quieto
que nunca apareció durante
y que sin la sustancia del tiempo
se adelantó al después andando

es el quiebre
de la muerte
que se le escapó
al mono

la gota de agua
que rebalsará
la olla
del universo

y si en una de éstas no?
cómo que no

diego maqueira

Memo Elizalde: nombre de guerra

Durante años tuve la inclinación un tanto obsesiva de alimentar cierto fondo creado de recortes de prensa, de estampas compradas en baratillos, de catálogos de libros, de sellos antiguos, de portadas de revistas desaparecidas, de servilletas de papel impresas con nombres de bares, de fotos de parientes y amistades, de tarjetas de invitaciones a matrimonios u otros actos sociales, de etiquetas de marcas de vino, de cartas de personas desconocidas, todo lo cual a través del tiempo ayudó a formar, incluso en el exilio, un cachureo de papeles que hoy, conservados en varios sobres de tamaño fiscal, tienden a ser cuando vuelvo a éstos una suerte de novela hecha de capítulos inconclusos, de pedazos de vidas, de pies de páginas, de momentos fugaces, que hablan de un mundo real como fue alguna vez. En más de una oportunidad, llevado por la necesidad literaria, he regresado a este archivo informe y desigual, que necesitaría el auxilio nemotécnico de Bouvard y Pécuchet, a buscar lo que la imaginación no otorga y, si bien casi siempre he salido trasquilado, no puedo negar que el menudeo a través de sus distintas partes me ha servido en alguna oportunidad para quedar cercano al propósito que albergaba. De estos cachivaches tengo a la vista, luego de desechar la reproducción de un dibujo al pastel de Raúl Manteola, una foto de Enrique Lihn y Guillermo Montecino, sacada por mí en una galería céntrica de Santiago en 1987, cuyo interés está puesto hoy en el segundo por tener su vida, al recordar los agitados años de la Unidad Popular, diversos momentos que lo convierten al mirar hacia atrás en uno de esos personajes que la literatura echa de menos, arrojado sin ser valiente a los más extraños episodios, como fue, por ejemplo, recuperarse de una herida a bala en el estómago, propinada en 1973 por elementos de Patria y Libertad, en una clínica psiquiátrica de Buenos Aires en la que, controlada por una organización revolucionaria, estuvo internado por error como un demente más, significándole una ardua tarea convencer que, al menos de la cabeza, se encontraba bien. También podría señalar, de regreso a Chile, su fuga por los techos de un vecindario, acusado por los carabineros, después de fracasar en el intento, junto a



alguien más, de ser acogido como perseguido del régimen en las dependencias de la Nunciatura, terminando escondido, tras una fatigosa huida, en la oficina de un abogado amigo, en plena calle Huérfanos, por lo que se podría consignar que su vida fue una aparente lucha contra el destino, si bien al observarse mejor se advierte que siempre bregó ante la adversidad política, incluso de su propio signo, como lo fue en su condición de periodista del diario *El Siglo* ser echado a la calle por oponerse en 1968 a la invasión soviética de Checoslovaquia. Hoy lo tengo presente no sólo por esta foto al lado de mi amigo Lihn, sino porque también, dedicado más tarde al oficio de imprentero en su propia casa, plantó la semilla del actual sello editorial La Calabaza del Diablo, dirigido por su hijo Marcelo, cuyo catálogo de títulos, formado por la obra de distintos jóvenes escritores, me hace pensar que el Memo Elizalde, su nombre de guerra entonces, está vivo hoy en un Chile que desde luego no sería de su agrado, subversivo como fue en una condición solitaria al margen de las estructuras políticas.

El jardinero autónomo

Uno

Despierto sobresaltado y caigo en la cuenta de lo pendiente, de lo que hay que hacer o de lo que queda por hacer. Y el listado es enorme. La urgencia por funcionar, porque cada día sea lo más productivo posible, es mi objetivo supremo. Y en esa deuda con el quehacer se me va la vida y probablemente mi felicidad. Me levanto desesperado, con la angustia de lo faltante, de lo adeudado, y me ahogo. Un par de piteadas y me repongo algo. Es de mañana y tengo la sensación de que en mi vida está la cagada por mi falta de orden en la distribución de las tareas cotidianas.

Dos

En un pequeño patio trasero me dedico a criar lombrices, que son como mis mascotas. Las mantengo en unos cajones fruteros y las alimento con restos de verduras y de frutas. En ocasiones debo ayudar a mi tío por parte de madre a filetear merluza en la caleta, porque mi primo después de que lo balearon no ha podido recuperarse del todo, casi no se levanta, y eso que sus heridas no fueron de mucha gravedad. Yo creo que anda un poco deprimido y bajoneado por lo que le pasó, y además con algo de pánico escénico, porque no es cuestión de llegar y salir a la calle y que todos te vean y te pregunten. Por aquí en este puerto la gente es curiosa.

Tres

Yo creo que él no supo hacerla, él no es así como todos creen. Uno tiene derecho al consumo, digo yo, nadie puede negártelo, porque es tu libre albedrío, pero hay que ser piolita, no se puede andar hociconeando o

demostrando ser bacán, eso no va conmigo. Yo intento que las cosas sean lo más parecidas a como uno las planea, o las diseña, como decía un amigo mío del instituto. En realidad era un profesor del que me hice amigo mientras estuve allá, y que planteaba que había que diseñar lo que uno iba a ser y a hacer, autodiseñarse, decía, se trataba de una tarea permanente que contemplaba períodos cortos, medianos y largos.

Cuatro

Hoy debo sembrar en el patio arvejas y habas. Además debo dejar listo el almácigo de los tomates y los pimentones. Todo lo tengo en maceteros, porque mi patio está todo embaldosado. Mi madre así lo quiso porque le cargaba la tierra, esa que lo ensucia todo con su componente fatal de polvo y asquerosidades. Aunque amaba las plantas, extrañamente no las relacionaba con la tierra, sino con el aire. Para ella ése era el componente fundamental de las plantas, y por eso muchas de nuestras plantas están colgando o en altura, ya sea de muros o de estructuras especiales, como suelen ser los parrones, unas especies de percheros que me mandaba a hacer de madera. Todo en maceteros, como decía, incluidas las cannabis, que son mis regalonas, aunque hay unas tan lindas, como las amapolas (la canción que lleva su nombre le hace tanta justicia) y la cruz de Cristo, que crece como enredadera y da un fruto parecido al maracuyá, creo. Porque todo lo que sé de plantas me lo enseñó mi madre, que en paz descansa, a su estilo, que no es siempre el más certero, aunque se le acerca mucho.

Cinco

La buena mano que tengo se la debo, obviamente, a mi madre, porque el asunto no es sólo saber de estas cosas: también hay que tener espíritu para esto. Mi madre no sólo era un gran valor de la huerta-jardín, además lo era de la cocina. De hecho me enseñó los secretos de la cocina, que son parecidos a

los de la crianza de plantas. Y ahora que estoy solito me dedico con más fuerza a ambas cosas, un poco por homenaje a ella, pero sobre todo porque hay que seguir funcionando, que también es un modo de recordarla. Aunque en estos días lo que he estado haciendo es ayudar a mi tío, el hermano menor de mi madre, porque lo necesita. Mi primo nunca le ha sido de mucha utilidad en el negocio. Además me siento algo culpable porque fue el chalado de mi viejo el que le metió ese par de tunazos a mi primo. Lo que pasa es que mi familia es levemente disfuncional, como le dicen ahora, por eso ocurrió lo que ocurrió. Mi primo le debía una compra y se quiso hacer el loco. Mi viejo le había dado crédito porque era familiar, pero no le aguantó la frescura. Mi mamá y mi tío siempre nos advirtieron que no nos fuéramos por ese lado, que mejor estudiáramos y que no nos dedicáramos al copete y al hueveo, que le diéramos duro al trabajo. Yo en parte les hice caso, pero mi primo Raúl no tenía fuerza de voluntad, se le calentaba el hocico y se ponía odioso.

Seis

Yo al principio quise escapar de ese ambiente y me fui a Valparaíso un tiempo, pero el tentáculo familiar era fuerte. Me puse a estudiar mecánica automotriz en el DUOC, y para sobrevivir allá tuve que ponerme en contacto con otro tío, éste por parte de padre, al que debía ayudar en el Mercado Cardonal, donde tenía un puesto de frutas, pero también movía de lo otro. Duré poco tiempo y me volví antes de tener problemas con los tiras que le tenían echado el ojo al puesto. Me devolví a mi barrio de origen con mi señora madre, pero ella murió al poco tiempo. Yo creo que me esperó a que volviera para irse. Al parecer se la llevó la depre que le provocaba compartir su vida con un maldito como mi viejo, a pesar de que ya no vivían juntos porque él nos había abandonado hacía mucho rato. Y hacía unos meses había vuelto a la zona. Fue en ese momento cuando yo me dediqué a mi patio y además aprendí a desaparecer. Ya nadie me requería, como que nadie me veía, parece que la gente cercana supuso que yo estaba muy mal por la muerte de mi vieja y que me había chalado, mejor que crean eso, me dije.

Pena tenía, pero la tarea era seguir viviendo, eso me había dicho mi vieja. La técnica para desaparecer me fue muy útil, porque mi barrio es bullicioso y todo el vecindario de mi generación te presiona para carretear en la dura y, sobre todo, para consumir iniquidades.

Siete

Lo que es yo me encierro en mi patio de 15 x 10 y cultivo mis plantitas. Más aun, me alimento de ellas. Mi huertito-jardín es como una gruta pequeña dedicada a mi madre, a todo lo que compartimos, que fue, sobre todo, nuestro cultivado patio trasero. Ahora ella ya no está, pero al menos está el fruto de nuestro trabajo doméstico.

Ocho

Mi viejo vino ayer porque quiere volver a ocupar la casa. Yo le dije que eso ocurriría sobre mi cadáver, que no mancillaría la memoria de mi madre, que me tendría que balear igual que al Raúl. Hubo amenazas subidas de tono y el hombre extrajo un arma que no usó. También lo amenacé con la posibilidad de hablar con los tiras para aclarar el baleo de mi primo. Todo el barrio se enteró y se temió lo peor, pero nada catastrófico sucedió en ese instante, todo quedó postergado, mi querido papá me dejó bien amenazado, me dio un par de días para que abandonara la casa, que le pertenecía, dijo, y que me atuviera a las consecuencias si no me iba, agregó.

Nueve

Mi padre murió a los pocos días de un ataque al corazón que yo mismo le provoqué adelantándome a los hechos. Fui hasta la casa que habitaba en un pasaje del barrio Las Dunas, que era de los abuelos y que mi viejo solía usar

de guarida. Llegué tarde para encontrarlo pasadito de copas, lo amenacé y lo hice perseguirme por el pasaje y las callejuelas del barrio a sabiendas de que no lo resistiría. Utilicé mi bicicleta para ello. Lo insulté, lo escupí y le di una cachetada, y hui para que saliera de su madriguera en mi persecución. Tendrás que perseguirme y matarme, le dije, y corrió tras de mí. Casi no utilizó su arma, que yo sabía poco eficiente en esas circunstancias: apenas un disparo que hirió al perro de un vecino. Yo recorrí las callejuelas en mi bicicleta dando círculos. El hombre corría en una torpe actitud persecutoria. Al rato caía fulminado por un infarto al miocardio.

Diez

Lo enterré lo más rápido que pude en el cementerio parroquial. Al funeral asistió muy poca gente: una hermana que lo quería muerto hace rato, mi tío del Mercado Cardonal de Valparaíso, que se portó muy protocolar, y un compinche de fechorías de Santiago que lo consideraba su maestro. Después de dicho acontecimiento hubo un poco de revuelo, pero en mi condición de huérfano los vecinos se apiadaron de mí, recordaron a mi abnegada madre y lo buen hijo que siempre fui, y sintieron alivio por el fin de mi viejo. No hubo muchas explicaciones sobre lo ocurrido. En la prensa local salió algo, pero yo permanecí mudo. De ahí en adelante me fui notando cada día menos, tanto en el barrio como en la ciudad, y me refugié en el patio. Casi no veo gente. Muy de tarde en tarde viene mi primo, que ya está más recuperado, y me trae algún pescado. Incluso me deja plata que en verdad yo no necesito, porque vivo bien con la pensión que me dejó mi mamá. El huerto-jardín está muy productivo y funcional, incluso se podría decir que está muy hermoso, o eso al menos me comentaron muy sorprendidos mi primo Raúl y un par de vecinas que me hicieron llegar un pie de limón en una celebración barrial de esas que organiza la municipalidad. Quizás sean ellas las que han hecho correr más de algún mito por el barrio y la ciudad, pero nada que altere mi tranquilidad, excepto cuando los mormones y los evangélicos me tocan la puerta.

1965

Recordaba, ya en ese momento, un encuentro en la esquina o levemente pasada la esquina de esa calle. Yo estaba con un monopatín y por un segundo una niña alemana llamada Mónica me miró. Era muy rubia, tenía polera negra y anteojos negros y mostraba el desplante de las niñas mayores. Me pareció muy bonita, pero sobre todo sería, intimidante. Ella tiene que haber tenido siete años y yo cuatro. Le atribuía, dada su edad superior, una especie de propiedad sobre la vida. Me dio un segundo de atención, nada más, pero al menos no me ignoró totalmente. Es decir, se detuvo a mirarme como pensando quién es éste.

Verano de veredas recalentadas y paletas de helado de naranja. Cortinas metálicas verdes, grasa negra en los engranajes. Muralla verde descascarada del rincón, al frente los vidrios restallantes, las murallas de ladrillo y las letras de Cafrenal pintadas con cal. Hondos pasajes, rutas falsas con sus rejas y sus enredaderas. Los volantines aún ofrecían una promesa mágica, lo mismo que los resortes, las “bromas”, el gas de la Coca-Cola, las placas de bronce de las casas, los letreros con publicidad de la Orange Crush, cuya protagonista pintada al aerógrafo —una mujer con un lunar en la mejilla derecha— era mi madre. Mi madre también estaba en la silueta de la mujer de la publicidad de las cintas Kores de máquina de escribir, la silueta de una mujer que escribe a máquina.

Mi mamá escribía a máquina. Lo hacía con todos los dedos, no con dos, como el resto de la gente. Escribía libretos para el noticiero de Pinturas Soquina, en la radio Minería. Me llevaba algunas tardes a dejar los libretos a la radio. La imagen que me queda, el único residuo, el bronce de las manillas, de los pasamanos, del revestimiento de los ascensores. Bronce y espejos, manivela, olor a cuero. Seriedad de los ascensoristas de los años sesenta, Toros Sentados en sus pisos de torno, el mecanismo silencioso de las puertas blindadas al abrir y cerrar lentamente, luego el temblequeo de la puerta de reja. El ascensor era angustiante. Lento y lleno de adultos adustos. Tenía la luz constreñida de los confesionarios. Lo mismo: iglesias

y edificios. La luz barroca del sol del poniente en los cortinajes de las altas ventanas de Los Gobelinos, mesas con rollos de género, otra vez la seriedad adusta, en este caso de los vendedores, aquellos especialistas. Me decían “el joven”, “el caballero”. “¿El traje es para el joven?”.

El rostro del odio lo vi la vez primera una de esas tardes. Unos niños estábamos en una esquina, hubo un problema con mi monopatín. Me instaron a no prestárselo a una niña gorda, mayor, que apareció desde la otra calle. Se suponía que ella pertenecía a cierta familia. Había carburo encendido en sus ojos cuando me gritó: ¡nosotros somos ricos!, ¡ricos! Yo le creí. Pensé que su casa estaba demasiado cerca de la botica, debían ser dueños de la botica. Pensé que tenían más derecho que yo en la panadería, en el parque, en el conocimiento del mundo.

Pídele al Viejo Pascuero que te traiga revistas, me dijo una niña llamada Zulema, mientras hacía un gesto de equilibrio en la vereda frente a la puerta de su casa de paredes verde agua. Visualicé automáticamente las revistas: blanco y rojo sobre la página satinada de la cubierta, y a la Pequeña Lulú de perfil, asomándose por un orificio que podría haber sido una escotilla en un antejardín, algo así como la puerta a un mundo secreto camuflada en la caja del medidor del agua.

Mi mamá despreciaba las revistas. Mi papá no opinaba de esas huevadas, miraba como si lo hicieran volver de muy lejos. Las revistas y los chicles eran de gente tonta, enviciada y superficial. Las revistas eran antihigiénicas porque las traficaban en los “cambios de revistas” y las manoseaba quizás sabe quién. Había grasa de manos humanas en las rugosidades del satín de las cubiertas. El lobo de la Isla de las Ilusiones de Pinocho era el tipo de personas que leía revistas. Gente que fumaba y que miraba con los párpados a media asta, gente con bigotes de zorro, de lobo o de coyote. Gente con boinas escocesas sucias de chofer. Los “cambios de revistas” estaban cerca de los billares y de los flippers. Mi mamá no podía disimular el desagrado cuando pasábamos por ahí cerca, yo siempre sobrecorriendo pescado de su mano, tratando de llevarle el paso, mirando de reojo a la gente perdida de los billares, tipos petulantes peinados con jopo con las mangas de la camisa wash and wear perfectamente dobladas a la altura de los codos.

¿Veraneaban? ¿Celebraban cumpleaños? ¿Dónde dormían la víspera de la Pascua? Tenían abuelas, no padres. Las abuelas no podían con ellos, no lograban que prosperaran en el estudio, los tipos se les arrancaban porque preferían el ocio, la codicia. Era gente que vivía en cités grises oscuros con gárgolas. Había una cierta solemnidad en su pobreza. Ésas son palabras mías de ahora: gárgolas, solemnidad, pobreza.

Las abuelas no podían con ellos, pero les guardaban el pan de la once, una taza de té con leche para que no se acostaran con el estómago vacío. Cansadas del rosario, a veces miraban con pena las revistas que el nieto dejaba sobre el sillón. Las revistas, el flipper y el billar les ocupaban a ellos el tiempo que debían invertir en el trabajo o el estudio. Además fumaban. Decían garabatos y era presumible que robaran. Podían robar tachuelas del taller de carpintería o antenas de auto los sábados en la noche: para nada, para dirigir una orquesta imaginaria frente a sus amigos y reírse como idiotas.

El mundo daba vueltas bruscas a veces, con un vértigo súbito. Estaba la playa como otra dimensión, las arenas amarillas y las plomas, y el viento que se llevaba los vilanos, las espigas, y que sacudía los arbustos achaparrados. Los arbustos achaparrados eran del color de los buses y de los trolleys y de los tanques de los desfiles militares. Estaba el twist, fiestas de los casinos construidos con paneles de asbesto en la parte gris de la arena, estaban los cintillos amarillos y celestes y muchas niñas llamadas Cecilia, que eran amables y usaban a veces delantal y jaguayanas. ¿Quiénes eran? ¿Por qué eran tan alegres? ¿Dónde dormían?

Por Dios que costaba entrar en la realidad, siempre mirada desde otra parte, desde la soledad infantil o conciencia recién despertada de sí mismo. Quiero decir: la realidad social, los otros, el ser humano, las risas, las muecas, las varias intenciones de una misma mirada. Había que interpretar y reinterpretar todo el tiempo las conductas y las palabras ajenas. El mundo de los objetos era más fácil: total identidad, indiferenciación absoluta con las gradaciones de la luz de los días, con las figuras de las veredas, con las resquebrajaduras de las paredes, con los árboles de actitud prescindente, los cisnes de plástico, los tréboles, la llave de la piletta del último patio.

Joshua Waddington, camino de Londres

I

Joshua Waddington va camino de Londres a bordo de un paquebote.
En las calderas se consume negro carbón de Lota.
Joshua escribe a la luz de un quinqué con tinta negra.
Enjuga la tinta con papel secante rosado.
Observa la hora en el reloj extraído de su chaleco.

Joshua Waddington hace antesala en Londres.
Explica los motivos de su solicitud de préstamo.
Lo miran atentamente.
Joshua Waddington se mesa la barba.
Consulta el reloj de gran esfera.
Lo guarda en su chaleco.

II

Joshua Waddington camina por Quilpué.
Un plano enrollado es la clave
de sus preocupaciones.
El plano del canal que se va abriendo en esa oscura tierra
para que llegue a Valparaíso.
El canal va avanzando con aguas
del río Aconcagua,
aguas de la cordillera de los Andes,
agua de nieve que por Calera debe desviarse
rumbo al puerto de pobladas colinas.

III

Joshua Waddington invierte cada libra esterlina
en picotas, en heno y correajes para los caballos que tiran las carretas
que son volcadas con los palos dirigidos hacia arriba
como naves de un convoy que hubieran perdido sus velas
en los torbellinos de una tempestad.

Joshua Waddington observa esa larga hilera de hombres
que van picando la tierra, horadando las rocas,
dando forma a un largo y hondo zanjón en donde cabe un hombre
de pie.

IV

El canal va avanzando lentamente.
Cuando los pies de cabra atajan la corriente y desvían
las aguas por el zanjón
Joshua Waddington da un grito de júbilo.
El agua va primero remojando los terrones
pero después es un flujo vigoroso
que nunca llegará a Valparaíso.

V

Los dineros se van agotando.
Joshua Waddington aborda el vapor de la carrera.
Nuevos empréstitos
y el canal avanza otra docena de cuabras.

Joshua Waddington se pasea por una habitación.
Tiene que vender los derechos de parte del agua de su canal.
Avanza otro poco y debe vender nuevos derechos.
El canal es como un balde agujereado.

VI

¿Es mejor vivir de sueños que no se realizan?

VII

Algo de agua a lo menos –se dice Waddington–
llegará de todos modos a Valparaíso.
Quizás descenderá por la bajada de Agua Santa.
Quizás por la calle Aguada
donde cien años más tarde visitaré al poeta Guillermo Quiñónez.

VIII

El canal Waddington nunca llegará al puerto.
Se quedará por Limache para regar huertos frutales.

En una rodaja de durazno se me aparece el rostro de Waddington.
Lo diviso más tarde bajando por el cerro Polanco.

Waddington es un canal que corre a la vista de todos
y uno puede sumergir sus manos en esas aguas
para refrescarse las sienes y el cuello en verano.

IX

En una antigua casa con muchas habitaciones
me hablan de túneles que quedaron a medio hacer,
de lechos excavados que ahora cubre la maleza,
de herramientas oxidadas que aparecen por ahí como testigos sin voz.

Me muestran con orgullo viejas fotos de Waddington
con su canal a cuestras que nunca llegó a Valparaíso
pero que a medio camino hoy riega los frutos más jugosos
de esta parte del planeta.

Cuidado de la mente

Mis abuelos paterno y materno cuando jóvenes
(y no fueron más que jóvenes porque ambos murieron antes de los 30)
mantenían la salud de la mente con métodos tradicionales:
encierro en época de misiones episcopales para azotarse con furia
con látigos hirientes que les hacían sangrar la espalda a raudales
y así purificar el alma.
También conocieron el cepo, método disciplinante para jóvenes beodos
y algún que otro apremio para revoltosos dado con la parte plana del sable
o con el bastón de dura madera de luma.

Mi padre de muchacho probó también el cepo
y otros rudos castigos
pero pronto se desmarcó de los encierros disciplinarios
con lo cual dejó que su mente discurriera a la buena o mala de Dios
(y así le fue no más en la vida
y prueba de ello fueron los años pasados en la cárcel
las cicatrices
y la bala que permaneció hasta su muerte incrustada en el esternón).
Claro que el golpe de gracia se lo dieron en la Casa de Orates
donde no requirió de camisas de fuerza
pero sí de shocks eléctricos que lo dejaban como zombie
y de algunas preparaciones destinadas a mantener la mente
con posibilidades abiertas para desarrollar
algún proyecto de vida positivo que estuviera por venir.

En cuanto al provento nieto
que escribe estas líneas asentado en pleno siglo 21
puede hacer constar que su vida discurre riesgosamente pero sin grave
deterioro
pese a la psicosis esquizofrénica que lo acompaña fidelísimamente.

Clonazepam de 2 miligramos, Risperidona de 3 más otros artilugios y sesiones de psicoterapia hacen innecesaria en su caso la práctica de los autoazotes. Por ahora.

Páginas amarillas

Sistemas de flotación

Los momentos que decimos inolvidables son convertidos en pasado inexorable apenas su estatus es declarado. La voluntad que declara inolvidable un momento lo preserva, como recuerdo, del riesgo al que la normalidad y la regularidad lo exponen. Y esa preservación funciona como un flotador para esa noche en que das todo por perdido, en que ni el sueño te alcanza para cauterizar heridas que crecen y colonizan. Pero ese salvavidas, guardado tanto tiempo, tiene fisuras o el tiempo lo ha transformado en contraste puro. Al final, los momentos inolvidables son el terror, te paralizan. Por eso hay que saber nadar.

Temblor

Ese día, apenas salí de su casa, saqué un cuaderno y escribí: “You got me shakin’ like a leaf on a tree”, y luego: “Este poema es un pagaré equivalente a diez mil sesteracios por tus hombros y tu cuello”. Anotaciones que se sumaron a otras tan indescifrables como ésta: “Higiénicas filas de monstruos, nutricionistas y democratacristianos”.

Setentainueve

Una vez al mes hablo entre tres y cuatro horas por teléfono con mi amiga Carmen. Se trata de llamadas que recorren curvas emotivas que van de la burla al llanto y de la risa a las declaraciones de amor. El día de la llamada suya que ahora refiero era miércoles. Le dije que tenía que traducir una obra de teatro, que me quedaba mucho y que la iba a llamar yo apenas terminara. Ella dijo que no había problema, que en realidad llamaba para invitarme

a la avant-première de la nueva película de Batman y que si quería ir la llamara de vuelta.

Llegué a su casa a eso de las siete, el estreno era a las diez, fumamos pitos, comimos algo y luego volvimos a fumar. Saqué de mi bolso el libro que estaba leyendo, era *Child of God*, una novela de Cormac McCarthy, la segunda de él que leí y la que me hizo devoto de ese viejo. Le leí un fragmento a la Carmen, tres o cuatro páginas donde un herrero le explica al protagonista el proceso para devolverle el filo a un hacha, los colores que debe alcanzar el metal en la forja, cómo enfriar el acero, cuánta sal usar para ablandar el agua y una docena de secretos profesionales que el herrero detalla para luego decir: “Es como en todas las cosas. Si haces algo mal es como si lo hubieras hecho todo mal. ¿Crees que podrías hacerlo?”. A lo que el protagonista responde: “¿Hacer qué?”.

Estábamos muertos de la risa leyendo las descripciones de McCarthy, no porque nos parecieran ridículas, sino por lo afectado que sonaba todo. Entonces la Carmen se levantó, fue a la pieza de al lado y volvió con un libro de Cioran y uno de Poe, dos héroes juveniles. Abrimos *El ocaso del pensamiento*, leímos al azar y empezamos a rodar por el suelo riendo de amor por frases de esta naturaleza: “Si Dios colocara la frente en mi hombro, ¡qué bien estaríamos los dos así, solos y desconsolados!”.

Luego abrimos el libro de Poe, una antología que incluía un glosario con las palabras que la lectura de Poe aportaba al estudiante, palabras como *blood, moon, axe, death, raven, struggles, villains, abstruse, roar, creep, tomb, murder, curse* y otras semejantes. Cabe aclarar que nos reímos solamente del glosario, que jamás tendríamos el coraje de reírnos de Poe y que leímos con reverencia *Annabel Lee* y ese poema que empieza: “I saw thee once, once only, years ago... / I must not say *how* many – but *not* many”.

Yo había terminado mi libro *Alameda tras las rejas* dos años atrás y, por supuesto, la Carmen lo había leído. Me dijo que sería una buena idea incluir un glosario al final o algo así. Yo le dije que no era mala idea aunque lo más probable es que no tuviera mucha gracia porque en mi libro no había palabras que ameritaran un glosario y que me avergonzaría terriblemente un glosario que consignara las palabras más recurrentes en él, palabras

como *amor, cama, suicidio, guerra y esclavo*. Ella se encogió de hombros y dijo que era hora de partir al cine.

Días después recordé el glosario de Poe, revisé mi libro y anoté las palabras que parecían ser claves, pero mi intervención a la hora de elegir las era tan flagrante que decidí buscar en internet una herramienta que mostrara la recurrencia de palabras en un texto. El resultado fue más breve, revelador y barato que años de psicoterapia. La palabra que está al tope de la lista es *ella*, y se repite setenta y nueve veces. Las cinco siguientes aparecen más de cincuenta veces y son *casa, dos, todo, amor y nada*. Entre cincuenta y cuarenta veces aparecen *libro, algo, vida, todos, noche, mujer y antes*. Y luego, más de veinte veces, *cosas, cama, tiempo, siempre, canción, ciudad, estar, calle, sexo, primera y escribir*.

En producción

La vida considerada como una constante filmación, donde cada hecho relevante amerita una película, un corto o un documental. Cuando estoy rodando me preocupa únicamente no aburrirme y no aburrir, bajo la premisa de que una obra del espíritu sólo vale la pena si hay alguien ante ella. Trabajo con la constante sensación de que ésta puede ser mi última producción y que la película más importante nunca llegará a ser filmada.

Usmail Polumetis

Camina por la calle sin dinero en los bolsillos, tararea un blues que prácticamente se formó en su boca y que dice: "I got the bank account blues, got no money, no honey, what can I do?". Vive en un país lejano como el punk y la salud. Todavía no tiene veinte años ni una cuenta en el banco o necesidad de dinero; lee, se familiariza con los tópicos del dolor y le da vueltas a lo que podría pasar si uno mira al cielo lo suficiente.

Ojos azules

Estaba sobre un escenario cantando *My way* y mientras lo hacía descubrí la completa estupidez de la letra, imaginé la cantidad de veces que la versión de Frank Sinatra sirvió para amenizar los cumpleaños número ochenta de abuelos perfectamente detestables, pensé además en la imbecilidad de las personas que la tocan en los funerales de sus padres. Cuando me hice consciente de esto, empecé a hacer una versión ramplona y malintencionada de la canción, gesticulando como cantante de boîte y evitando imitar a Sid Vicious, quien grabó la versión más honesta de la canción cuando tenía apenas veinte años, una interpretación totalmente opuesta a la imagen de macho satisfecho consigo mismo y en busca de redención: la de alguien que no se rinde y en cuyos labios la afirmación “I did it my way” revela una sinceridad y una forma de hacerse cargo del caos que nunca debe ser menospreciada.

Sintonía fina

Estoy sitiado por recuerdos lo-fi y recuerdos hi-fi, encerrado en el habla que me fuerza a recrear esta memoria, punto por punto. Lo que confiere realidad a un sentimiento es su repetición y las palabras que lo constituyen, y esta recurrencia crea una necesidad que te convierte en inválido, en alguien que languidece y requiere su medicina, una provisión de afecto, droga o sexo. Kurt Cobain es Novalis. La debilidad es lo que el romanticismo alza como estandarte. Así, la ausencia de salud se vuelve símbolo y emblema. El tísico es el símbolo y la sangre en el pañuelo es la metáfora de los efectos de un sentimiento sublimado, del amor negado, el amor perdido, etcétera.

Jueves

La casa está sucia, Quico. Todo huele a manteca, a grasa de perro. La señora del aseo se aburri de mis manías. De mi sorprendente amor por el cloro líquido. Algún día me pregunt si lo bebía, porque la piel se me estaba poniendo blanca y delgada. No creo que se haya marchado por temas de sueldo. Yo le pagaba bien, comía la comida de la casa. Le daba dinero para el bus y, de vez en vez, le regalaba ropa de la que t dejaste en el clóset al abandonar la casa. Si supiera dónde vive iría por ella, pero nunca le pedí datos personales. Ni siquiera informes comerciales. Conf siempre en su honestidad a prueba de bastardas. No me he resignado a perderla, ya he perdido muchas cosas. No creas que la extraño porque la casa está hecha un asco ni porque el perro est infestado de garrapatas, no.

Me he transformado en una tipa cochina, cosa que nunca fui, lo sabes. Pasa que me da flojera tomar la escoba, me da paja. Mira como hablo: “me da paja”. Siempre me gustó esa expresión chilena y callejera. Yo que nunca quise ser chilena. Y que odio ser chilena. Yo que aborrezco ser latinoamericana. En fin, se supone que el sábado debo ir a cenar con los poetas fracasados de Santo Bernardo. Se van a juntar para discutir y fundar la Asociación de Poetas del Maipo. Me tinca que planean algo raro. Ellos son raros. Quizás quieran arrojarse todos juntos a las aguas del río. Tú sabes, un suicidio colectivo, para perpetuar la pequeña leyenda de la poesía de la ciudad. Imagnalos cayendo abrazados sobre las aguas repletas de caca. Se verían ridículos. No ir a la cena. No quiero terminar borracha maldicindolos.

Respecto a nosotros, a ti y a mi alma, la idea era enviarte un lirio. Pero no hay jardines de lirios en Santo Bernardo. Sólo existen cardenales que son mordidos por perros callejeros. Los perros tienen el hocico rojo. Aquí abundan los cardenales rojos. Los evangélicos dicen que los perros son enviados por Satanás y que los cardenales son el nuevo fruto prohibido. De Eva ni hablar. No existe. Adán es un obrero que trabaja en una fábrica de helados artesanales. Helados de tomate, de manzana, de pimienta.

Berta se llamaba la señora del aseo. Fumaba pipa cuando me o a blasfemar. Es una campechana lúcida. Desde que partió no ha dado señales de vida. Eso es bueno, porque debe estar y ndole la raja. Quizás terminó el curso de inglés básico que tomó en la Academia Marjorie, un centro de estudios bilingües que est  al borde de la quiebra. Es beneficioso para ella, aunque algo incómodo para mí. No me baño. No baño al perro. No baño mi corazón. No tengo paz ni con el ficus de la entrada de la casa. Se est  secando poco a poco, como un enfermo de cáncer a la lengua. Poco a poco. Con la muerte pegada al paladar, sintiendo el olor de los nichos dentro de las muelas.

Espero que vengas con tus jeans desteñidos. Los que te calzan perfectos, los que iluminan tus largas piernas de modelo europeo.  ese es otro tema: no pareces chileno. No tienes el aspecto monocorde de los chilenos. Pareces irlandés, pero de los lindos.

Delo por hecho

Yo no s  que piense usted de mí, señorita, ni qué le han dicho los que me conocen. Pero sepa que todo lo que digan a mis espaldas es mentira. Si le han dicho que soy una viuda atormentada y sórdida, no lo crea. Si le han dicho que soy una vieja malintencionada y amante de la manipulación literaria chilena, no lo crea. Señorita editora, yo no tengo problemas con nadie, no quiero problemas con la gente. Sólo quiero que lea mi trabajo y lo publique en su editorial.

Perdone que sea así de directa, pero si usted, querida, es capaz de publicar a escritores chilenos que hablan a chuchada limpia, no debiera tener problemas para confiar en mi libro. En gran parte de mi obra yo escribo igual a Cor n Tellado. En otros pasajes se me va la mano y vuelo sin dirección, pero eso es parte del oficio. A veces una llega hasta donde dijo que iba a llegar y otras veces cae a una especie de acantilado y las frases parecen no tener conexión. En fin, usted parece una jovencita inteligente y sabe de lo que hablo. Mire: no le estará pidiendo que me publique si yo no creyera que mi libro es un muy buen libro. S  bien que no estoy registrada en su libretita de contactos, pero apelo a su sentido común. Tampoco tengo todo el dinero del mundo para ponerlo frente a su lengua, ni menos la inconfundible popularidad de las lesbianas. Simplemente soy buena en lo que hago. No estoy en el nivel de Isabel Allende, que me tinca que se hizo famosa por el apellido. Quizás sea de apellido González. Isabel González. Con ese apellido nadie le habrá comprado libros.

Yo deb  haber firmado mis libros como Ana Pinochet. Habrá vendido hartos y estará en Europa cazando cuervos. Pero no lo hice. Ahí no fui nada de hábil. Señorita editora, me estoy yendo del tema, ya le dije que a veces me voy en un vuelo propio. Perdone la poca conexión en las oraciones. Es que así somos las profesoras de inglés. Variables y estrambóticas.

A ver, volvamos al asunto de mi libro. Le ruego que se haga un tiempo para mirar mi trabajo. No le va a llevar más de una tarde. Se lo puedo mandar por correo tradicional, en papel y en letra tamaño 14 a doble espacio.

También a su mail. No, no le estoy pidiendo una cotización para editar mi trabajo. Le estoy pidiendo que lea mi novela y la considere en la colección Mujeres de Chile, en la que faltó yo. Sólo yo. Están las cinco escritoras que respeto, pero faltó yo. Tenemos que ser seis escritoras. Los números pares traen buena suerte. También bendiciones. Bueno, yo no s  si usted sea cristiana, pero yo s . Normalmente las editoras no creen en Dios. No lo cuestiono. Pero serían más felices si creyeran. Por ejemplo, he oído que usted es una señorita amargada porque su marido est  viviendo con la hija de un coronel de Carabineros. O sea que su marido la dej  por otra. Otra que no es editora de libros. Una que se dedica a la coctelería.

También he oído que aborrece a los hombres y que mantiene relaciones con su asistente, una poeta nacida en la década del sesenta. No voy a mencionar su nombre, pero comienza con L. Es que ya todo el mundo sabe que a usted le gusta el tema del género como expresión literaria. Yo alguna vez fui lesbiana, pero se me quit . Ahora soy una viuda que escribe novelas de gatos. Debe ser porque vivo con gatos. Y no fui mamá porque mi difunto marido era infértil. Tampoco llegará a ser abuela, por supuesto. Eso también me complica un poco, pero no me hace mayores problemas.

Ahora soy escritora. Y quiero que usted vea mi obra. Olvide que soy una mujer de barrio, que duermo con gatos y caca de gatos, que no voy a la peluquería desde hace más de diez años, que no me visto como una dama. Sólo quiero que me lea. L ame y luego dígame lo que piensa. Es la última vez que le mando un original. Delo por hecho. No quiero parecer una mendiga ni ser la espina en su cadera de niñita. Usted tiene suficientes problemas, más de los que yo tengo. Recuerde que también es mujer. Y que va a comprar al supermercado, como yo. Y que sueña con tener a un hombre en la cama, como yo. Y que en la cama es una puta, como yo. Si le gusta la Bombal, va a gozar lo que yo escribo. Si no encuentra bueno el libro, me lo devuelve. Si eso sucede, siga con su séquito de mocosas y viejas acomodadas. Ellas le están chupando la sangre. Y a usted parece gustarle.

Terapia de pareja

no vine al mundo a hacerte la cama
no viniste al mundo a hacerme la cama

tengamos una cama de 7 plazas
con una vela enorme ensartada medio a medio

salgamos a navegar algunas veces
en la cama de 7 plazas a vela

la única manera de naufragar en esta empresa náutica
es que corra mucho viento entremedio de nosotros

te amo no tengo la menor duda al respecto
lo que no implica que no me gusten otras personas

tú te paras en tus propias patas con alas
yo me paro en mis propias aladas patas hediondas

sin alas en los talones de los ligeros pies
no hay pareja que pueda pasar la reja sin herirse la raja

no existe espacio ni tiempo aparte del aquí y el ahora
disfrutemos el aquí y el ahora entonces

ahora y aquí y en la quebrada del ají
a la hora del almuerzo y a la hora de onces

totalmente de acuerdo: no hay mérito en el sufrimiento
miento: hay mérito pero sólo en el dolor del crecimiento impersonal

reza por mí y por todos al mismo tiempo
yo rezo por todos y por ti al unísono

sobre todo por ti cuando estás más lejos
y no te puedo alcanzar con palabras o besos

te amo caleta pescadora de mis redes
ámame caleta enredadera de mis vides

a veces es clave que tengamos expectativas
nunca hagamos un dogma de la gestalt

para dogmas sobran religiones dogmáticas
me gustas cuando bailas porque estás más presente

tu cama no es mi cama mi cama no es tu cama
vinimos al mundo a volar con pies propios

te amo caleta nunca de esto te olvides
aunque tus tetas se caigan y tu poto se oxide

ahora y en la hora del satori zen amén
no hay drama en todo caso si jamás nos iluminamos

o tú partes a otra isla con otro sueño de tus sueños
y yo zarpo a otra isla más solo que el sol

cosa casi imposible amorcito de mi vida
porque tú eres mi sol mi isla y la dueña exclusiva

mi más querida peor es nada que pude encontrar
desde la laguna de aculeo hasla la laguna de zapallar

el último beso nunca será besado
esta noche tu cama será mi cama

tu cama será mi cama y nos iremos a volar
al reino encantado de las flores de loto

golosina de mis labios néctar de mi amor
cocinera de mis hambres masajista en mi dolor

la angustia es el hiato entre el ahora y el después
no queda otra que coserla con melodiosas sinalefas

no viniste al mundo a quitarme la angustia y viceversa
para eso existen los ejercicios de respiración

corazón de melón mermelada de mis salados días
y en mis días más dulces salero de contradicción

mi saco de dormir no es tu saco de dormir
tu saco de dormir no es mi saco de dormir

mas tendríamos que ser muy sacos de evas y de adanes
para no compartir el mismo saco cuando estamos más despiertos

Mal mal mal mal

estoy mal / mulmula el cuelpo astlal
mal mal mal mal
ya no hay cuelpo calnal / en donde molal
ni ojo en la cala / con qué milal
no tengo minoca / a la que polvo echal
ni chal de lana / pala con ella solazal
ando vagando / por vaguedad celestial
en qué mal instante / me fui a suicidal
pol una novela / tanta vela y colol
novela velada / pol coltina en veladol
me fui a suicidal / a loma en lolol
de pulo pulido / me pasé autogol
ilse a suicidal / pol que no me otolgaban
plemio municipal / hay que estal muy muy mal
ángel celestial / sácame de este lugal
quielo volvel / al cuelpo calnal
pol mucho que en tiela / comiela polvo y cal
anhelo volvel / a viña del mal
anhelo volvel / a olel olol a sal de mal
pala lemate / peldí el paladal
y nadie ya por acá / me sabe escuchal
envíame cicleta / de solo pedal
pelaleando volvelé / a mi linda taltal
con tal que me encalne / otlal vez en mi cuelpo calnal
y escliba pulas leselas / que no se han de publical
estoy mal mal mal mal

Contentísimo Señor contentísimo

Contentísimo Señor contentísimo
 contentísimo contentísimo contentísimo
 de algarabía poética casi llego a levitar
 voy levitando por las calles calladas
 me aletean mariposas por las calles bulliciosas
 de puro contentísimo que estoy.

Tú eres la fuente y eres el puente
 que une las playas de mis doce almas en una sola tribu
 la tribu de la superalma serena
 y estás por cierto como arena en el desierto diseminado en mí.

Mesié Alberto Hurtado puso la vara extremadamente alta
 con su ubérrimo *contento Señor contento*
 qué cosa más linda qué maravilla eso es poesía
 las varas altas tiemblan sólo para ser saltadas ¿no?
 gracias sir Albert por dejar temblando la vara así de alta
 voy cantando por Antonio Varas y saltando en una pata de felicidad.

Morir para nacer no es fácil dijo un día Glenda Jackson
 nadie es feliz si no ha muerto
 en huerto extraño de agónica nostalgia por su terruño y de sed.

No es fácil dejar de ser un fósil.

No es fácil estar contento entremedio de la niebla de este engañoso mundo
 horrendo esplendoroso cambiante
 como el estado de ánimo de lo eterno femenino
 o la bolsa de valores de Kentucky.

Contentísimo Sri Krishna contentísimo
 redescubrí una artesa cósmica instalada dentro de mí
 en el centro exacto del templo de este radioso corazón azul diez veces
 infinito.

Me baño sesenta mil veces al día en esta artesa auspiciosa
 quedo como camisa blanca recién lavada y planchada
 con perfume a lavanda y todo y aroma sutil a gardenia gentil.

Me dicen el Khalil Gibran del barrio desde que te conozco a medias
 aunque no le llego a las cañuelas ni a Yogananda en sus noches más
 aciagas
 empero y sin embargo y no obstante lo cual sigo estando contentísimo
 pese al paso de los años por este cuerpo tan amado mío
 trajinado bohemio estropeado por efecto del exceso
 de poesía de ron de mujeres perversas en hórridos bares de Concón
 que me hicieron la vida imposible por semanas largas pero no importa.

Todo pasa menos tú.
 Todo pasa salvo el río interminable de tu santo aliento glorioso.
 Todo pesa en este mundo salvo tú.

Coincido del todo con el viejo y novísimo san Agustín
 en que nuestra alma está inquieta hasta que no descansa en Dios.
 Coincido con san eterno Dino Samoiedo
 en que sólo hay permanencia en la melodía nadaísta de la esencia dadaísta.
 Coincido con santo Tomás de Aquino
 que a mi modo de ver al menos fue un poeta fuera de serie
 en que el hombre aspira al supremo bien y el supremo bien es la felicidad
 pero más coincido con la propia voz de mi impropia alma todavía en lo
 siguiente:
 nadie llega al cielo interior si no es por la escalera de la sutil respiración.

Contentísimo Alá contentísimo.

Sueñan los ilusos que saldrán ilesos de sus trampas de sabuesos
demasiado románticas desde mi humilde punto de vista.

Sueñan los esclavos del intelecto

pese a ser considerado yo en Europa sobre todo una luminaria intelectual
sudaca en buena

que pensando lo infinito alcanzarán algún día tu inasible infinitud
con toda la celsitud de su eseidad numinosa.

No le digas a nadie que estoy enamorado de ti

que nadie sepa de nuestro vínculo divino

no le cuentes a Lastarria de nuestras noches de amor.

Contentísimo Tatita Dios contentísimo

Vishnú Brahamanda tonante Zeus

corazón mío del cielo místico o no

creador de las células y de los átomos.

Contentísimo contentísimo contentísimo Señor.

I

Abandona los modales hipócritas,
que no soporto tus enjambres de palabras pueriles.
Ándate callada a la pieza,
bájate los calzones
y agáchate:
siente cómo te parto por la mitad,
como a una pera madura.

II

Que otros escriban los magníficos poemas que te mereces.
Yo me limitaré a escuchar tus gemidos frente al espejo
mientras te masturbas frenética.

III

Los hocicones no paran de hablar de ti.
Se regocijan narrando en las esquinas y en los cafés
un chisme infame.
Dicen que te vieron arrullándote con una putilla en una plaza pública.
Cuentan que de los sobajeos se deslizaron hacia el descaro:
convertidas en arañas se devoraban ante los ojos
de quienes paseaban en busca de quietud.
He quedado perplejo ante estas revelaciones.
Por lo mismo, ahórrate las palabras, que el asunto huele a fosa común.
Lo único que puedes hacer para revertir tu falta de vergüenza
es mostrarme cómo te regocijas con esa otra.
Pero hazlo en nuestro lecho
para que así yo observe tu cara de placer
y me sienta agobiado.
Entonces actuaré como un soldado herido y orgulloso,
y por el culo las clavaré a ambas
hasta que pidan clemencia.

IV

Diles a otros que no conoces Sodoma.
No a mí, que te he besado el culo con esmero y dedicación.
Lo mismo te han hecho tus esclavos negros.
Reconoce que adoras ser perforada hasta poner el grito en el cielo.
El placer y el dolor te combinan perfecto.
Son tus tonos preferidos.
Te iluminan el rostro.

V

Dime algo, si te atreves.

VI

Me rindo.

No puedo aguantar más tu frío descaro
ni escuchar tus argumentos enrollados como serpientes furiosas.

El peso de tu verdad incólume cae sobre mis hombros
como un yunque hirviendo.

Y tus alusiones a mis deberes me tienen estético.

Lo más fácil y saludable, sin duda, sería olvidarte,
pese a la melancolía y la falta que me harían
tus pezones duros y tus caderas ágiles.

Pienso que no cambiarás la ira con que me miras
aunque te regale todo el oro de la China
o te entregue a una turba de gañanes para que te dejen extenuada.

No sabes lo que quieres,
pero siempre quieres más de eso mismo que no sabes qué es.

No eres una mujer digna de un sátrapa.

Te falta dulzura y osadía para convertirte en la liberta
y dispendiosa joven que aspiras a ser.

Todavía tendrás que hincarte como una esclava infame
y tragarte tu suficiencia.

Aprenderás el arte de felar a tus protectores
y sus huéspedes
con estilo y sin piedad.

VII

Pégame y denuncia mis conductas miserables.
No pondré resistencia a tu venganza.
Mándame una docena de matones para que me destrocen.
Me lo he ganado, amor, lo sé y lo acepto.
Soy un felón alevoso sin dios ni ley.
Mis escrúpulos se perdieron junto con mis días en la academia.
Los años no dan tregua: corrompen.
Buscamos sin cesar la intensidad
que perdimos asfixiados por el tiempo traidor.
Me he ido poniendo soez, lo reconozco.
Desprecio a los que me interrumpen.
Qué le puedes pedir a un mediocre y neurótico viejo como yo.
No te equivoques: pégame con fiereza.
Necesito expiar mis actos.
Y qué mejor forma de hacerlo que observar tu cara de placer
cuando me estrujas los cocos.

VIII

Me pides que cuide de tus mascotas
y que riegue tu jardín los meses que estarás de viaje
por el Mediterráneo.
Obvio que lo haré siempre y cuando no sigas
atizando enredos con tu lengua bífida.
Cada día me hablan menos mujeres desde que me abandonaste.
Quizás qué infecciosas atrocidades estarás promoviendo de mí.
¿Acaso no te gustaban las nalgadas cuando me las pedías con gemidos?
¿Acaso se te olvidó que me despertabas saboreando mi verga en tu boca?
Con placer me ocuparé de darles comida a tus lémures
y alimentar a los felinos.
Cuidaré también tus buganvillas, el pasto, las petunias y los damascos.
Mi ayudante les dará alpiste a los canarios.
No te inquietes, sé lo mucho que te gusta oírlos trinar al alba.
Eso sí: te advierto que es mejor que detengas las conspiraciones en mi contra
y te alejes de los pringosos que te hostigan.
Quiero a cambio, como recompensa a mi abnegación,
unas noches de placer
como si fueran el fin sin principio.
Deseo tener el trazo tuyo en mi piel impregnado,
y mirarte en mi cama levantar el culo húmedo.
Espero que tu ausencia sea breve.
Sé que vas dispuesta a conquistar a los turistas
con delectación e infame coquetería.

IX

El precio del fin de nuestra pasión ha sido mínimo.
Compromisos pendientes, palabras nulas
y nuestra confianza tantas noches celebrada
extraviada en los sótanos como un roedor ciego.
Ahora sabes que no siento aprecio por tu silencio
y yo sé cuánto detestas mis carcajadas.
Me aburren tus aprensiones y a ti mis quejas.
Y como me niego a contestar tus interrogatorios,
tú evitas calmar mi desconfianza,
y agudizas mis celos con procacidad.
El costo, si lo calculas, ha sido bajo
respecto de las promesas postcoitum que nos prodigamos sin asco.
Mejor guárdate los recuerdos, si te quedan,
y evita que vuelva a ti.
No soporto los fantasmas.

La memoria reversible

1. La guerra terminó como todas las guerras: con pasitos de viejo y una plaza donde paste el ganado. La única diferencia que veo es la ostensible falta de estatuas ecuestres, caballos firmes, parados con brío en sus cuartos traseros: estatuas en forma, como en las grandes ciudades.

2. Nada de eso hubo aquí, ni la espada soberbia hacia el cénit ni la actitud contemplativa del conquistador. El bronce alcanzó apenas para la sobria, comedida imagen de unos pocos militares reducidos a su figura numismática, casi escafandra, y ya está: no hay brazos ni vientre.

3. Pero la memoria no cercena. Sólo encuadra la neblinosa realidad de cada día.

4. Paradoja: los recuerdos –luz, textura, movimiento– se asemejan más a los sueños o a la imaginación que a las fotografías, pero siempre les damos una estructura de álbum o museo, cuyos objetos, incólumes en la vidriera, son apenas velados por una pátina de corrupción o desgaste. Ya nadie soporta que la memoria sea inasible y se diluya sin sentido, dilapidando en la nada los días y las noches de una vida.

5. Supongo que fue la fotografía lo que nos acostumbró a darles a los recuerdos una atmósfera

falseada, forzadamente naturalista (no por nada el naturalismo y la instantánea fotográfica nacieron al mismo tiempo, justo el año en que terminó la ocupación de la Araucanía), en busca del contorno y la nitidez que los recuerdos, cuando son auténticos, no tienen. Los recuerdos son oscuros. Son desarraigados y fluctuantes como las nubes. El mar de Homero no era azul vivo, tampoco esmeralda ni turquesa. Era púrpura, oleaje turbio y espeso de sangre o vino.

6. Por eso ahora vine a mirar el territorio de los pies a la cabeza, a ver qué permanece, qué se vuela. Qué dejó la ocupación entre su comienzo y su fin. Veamos.

7. Entre ambos extremos sopla un viento de terciopelo y bajo él se extiende un país que huele a duraznos y agua de cedrón.

8. Repitan conmigo: Huele a zinc.

9. Entre ambos peñascos la sombra de un peuco pasa raspando los techos rojos, los techos verdes de musgo, los techos amarillos. Entre ambas vigas de pellín, que nunca se pudren, se corta una cinta inaugural. Hay músicos, hay challa.

10. Unos hombres extremadamente largos vinieron a descolgar los gobelinos y todos los sables de la ocupación. Ahora cae sobre el damero de las calles una escarcha que parece de alabastro, pero más tarde se elevará evaporada.

11. Sale el sol sobre las colinas. Se abre la letra O.
12. Aquí tengo que hacer un breve paréntesis. La memoria es un paisaje reversible. En su reverso siempre hay una guerra. Fin del paréntesis.
13. Pues bien, entre ambas orillas corre el Cautín multiforme, el plasma donde nadan truchas de consolidación, y sus piedras se entrechocan en un pozón que huele a digüeñe, es decir, huele a chivo mojado y a flor de retamo.
14. Repitan conmigo: Huele a huillín.
15. Ese país que huele a humo se llama Gallo, pero le dicen Sol y a veces Chicha, para que la condena duela sólo un poco, o al menos no tanto como La Mortandad.
16. La tierra ha sido saneada. Parece una pista de patinaje, un inmenso lago congelado, pero no siempre son focas las sombras que se mueven debajo del hielo.
17. En este país se da bien el trigo y la cebada flamea con fuerza en sus lomajes. El maqui se da solo, sin que lo manden.
18. Pero la pregunta original era la siguiente: ¿qué quedó entre estos palos quemados, flotando junto a las cenizas, en la tierra subastada a las potencias de la ocupación? ¿Qué plaza, qué propiedad, qué

lanza? ¿Quién quedó sobre el escenario, aparte de los viejos recolectores de tobillos?

19. Veamos, sigamos viendo. En los campos la grosella es tentacular, tanto como la murtila y la mosqueta, y adora conservar los presentimientos, las malas espinas: si bien Hualle es un país pequeño, libre y tostado, lo es sólo de la boca para afuera. De la boca para adentro es sietevena, llantén y limpiaplata.

20. Los habitantes del país Guíñapo han puesto todo de su parte para ser niños de día y viejos de noche, de modo que su vida íntima sea organizada y prospere sin contrariedades, al menos desde el punto de vista de la horadación.

21. Pero el truco siempre les falla y terminan siendo niños viejos todo el tiempo, niños viejos de día y de noche, niños viejos año tras año.

22. Invunche tierno y chercán caduco, todo habitante de Guairavo está cosido con hilo doble, para no desarmarse.

23. Por eso su respiración es azul por el derecho y verde por el revés, para que su vida interior sea un torbellino de centro estable. Por un color suben (se subliman), por el otro bajan (se descalabran).

24. Claro que, bien mirados, sus habitantes son fumarolas blancas. Desde siempre han preferido

el invierno al verano, no sólo porque aprecian la introspección, sino también porque temen que despierte el país Granizo y aplaste la primavera de los nidos. Son sentimentales, además.

25. Sin embargo, bajo la lupa, los niños viejos parecen esponjas. Mejor dicho, el fantasma, el espectro de una esponja, pura absorción aislada, fuego cruzado, frío de irradiación. Pero recuérdelo: el cielo siempre es acuoso y suele caer sobre arena dura y negra.

26. Recuerden, también, lo siguiente: los leñadores de sierra corvina trabajan en parejas, nada es el uno sin el otro, pero al final se quedan solos. No sé si me explico.

27. Escuchen un caso, una historia: un día, un siglo exacto después de la ocupación, los niños viejos que habitaban Cawello, el afamado país del mucho mosto y la mucha música, fueron al mar a pasar unas vacaciones.

28. En uno de sus paseos por la playa, encontraron tirado sobre la arena un pingüino de Humboldt. Para ellos fue una gran experiencia y la celebraron con una batalla cuerpo a cuerpo. Después, cansados, hicieron la paz y se aplicaron al ave.

29. Desde luego, ese cuervo marino estaba muerto, no así los insectos que lo martirizaban; el conjunto, al ser picado con un palo, olía a fuerte y a farmacopea.

30. Ese lobo de mar era albino, pues de joven había sido garza, pero la sangre y la sal ferruginosa lo habían vuelto pelirrojo.

31. Su piel brillaba como el futuro.

32. Empezó a latir y, cuando al fin se levantó la enorme bestia, ocurrió algo inverosímil: se deshizo en la brisa de arriba abajo, agregándose grano por grano a la playa, y el viento se llevó el polvillo de su existencia, el resto que aún era ballena.

33. Los niños viejos nunca olvidaron eso, un monstruo de arena sepultado en arena: la ola zambullida en el mar, la nieve en la montaña, las cosas sin sujeto. En el país llamado Escoria, todo se condena al humus.

34. Yo estuve allí, por eso lo sé. El recuerdo de unas cuantas cosas es lo único que logra ser inmutable.

35. Ahora bien, *lo único inmutable* es sólo una manera de decir, porque aquí nada es definitivo y, salvo la lluvia, nada es inmutable.

36. Eso es lo que quería contar desde un comienzo. Que todo es nube.

37. Recuérdenlo algún día, si pueden, pero de todos modos lleven una pala.

improbables parábolas perpetuas

A C. C. Ñ. V.

ni somos ni éramos ni seremos nada
pero fuimos aquella memoria y quimera
que canta borges en sordina
museo inconstante de formas imprecisas
que platón recogía en fragmentos de quebrados espejos

ni fuimos ni seremos ni hay memoria del olvido

sólo un reflejo o relámpago del fuego
deja su marca instantánea en la cara del lago
y tal fuego y tal marca nos reúne en un canto
que canta borges en sordina
remedando tan sólo a su maestro homero

miguel vicuña navarro

totentanz

Después de almorzar,
escuchando *Totentanz* de Liszt,
observo desde lejos en el cenicero indio del abuelo Carlos
una voluta de la ceniza de mi cigarrillo que semeja una cabeza y una cara
perfecta,
y en ella veo el rostro de la abuela Mina.

Como ahora soy presbítero
me pongo las gafas para verla mejor.

Pero el aumento de las lentes
me hace ver en esa voluta
el rostro evidente de un hombre.

Me doy cuenta de que es el Che Guevara,
algo flaco y sin boina.
Lo observo de cerca,
y es un rostro noble, anónimo,
tal vez el de un minero del carbón de las minas de Lota.

Me saco las gafas.
Y ahí está otra vez mi abuela, sonriendo,
tal vez burlándose de mí, de mis gafas,
de mi torpe hábito de fumar que aprendí con ella
junto a un brasero en su casa de Echaurren 239,
cuando me pedía que le encendiera un Ópera
y le echara humo cerca de su cabellera,
ese humo de la sonrisa de ceniza.

Me pongo de nuevo las gafas.
Veo tan nítida esa cara de un hombre

que parece un héroe del neolítico
o tal vez un guerrillero que luchó contra el crimen
de las potencias que ganaron y perdieron sus guerras.

miguel vicuña navarro

París 789

Te chupa la ventana abierta hacia la calle París.
A cada rato te asomas por ella
como si aguardaras descubrir desde la quinta columna del quinto piso
la llegada de alguien acercándose por la vereda próxima.
Te asomas a veces hacia el cielo estrellado.
A veces hacia los transeúntes y automóviles que pasan por el frente.
Al evocar el Comité de la Salud Pública de la Revolución,
tu cigarrillo y su humo se disipan
entre los cinco dedos de tu quinta mano
en el aire invisible que todo lo envuelve.
Caen las volutas de ceniza girando igual que paracaídas Huidobro
o tal minúsculos copos de alguna nieve artificial
hasta posarse en las copas de los árboles municipales,
o derivar, por efecto de la brisa aleatoria,
a su aniquilación en las baldosas de la pública acera.
Hasta ahora jamás han adornado el peinado de una moza.
Tal vez a lo sumo resbalado insensibles por la calva de un viejo.
Así que no hay reproche.
Pero corre cierto peligro asomarse en demasía.
È pericoloso sporgersi.
Se recomienda medir bien las distancias,
mas a qué le llaman distancia
eso me habrán de explicar.
Y si el cielo te considera, mayor es el peligro.
Como la luna está siempre cambiando,
no resulta difícil confundirse.
Y como no veas ni el fondo del abismo
ni calcules el azimut de un planeta cualquiera en movimiento,
siempre corres peligro de caer.
(¡Como Tales de Mileto!)
¡Y cómo!
¡Tal cual tales!

countdown

empecé hace sólo 2 ó 3 semanas
a contar la cuenta para atrás que no te toca
así que no te las dís de dueña del tiempo
el futuro es de ellos el pasado nuestro
sólo el presente queda ofrecido al dios que se tercié
hace dos o tres meses empecé a cuidar este paso
era mi hijo quien pisaba en este piso
nubes eran ellas que contaban siglos para atrás
y empecé a contar para atrás hace sólo
3 ó 4 meses para ver si lo dís o lo dás
es mi hija la que canta tan fuerte
así comencé hace 3 ó 4 años a contar
otra vez para atrás los pétalos tus pelos
en la brisa tan dulce que todo lo ordena, ay sí
estaba peinando mis costillas quebradas
por si pudiesen haber pasado sin pena ni gloria
algunos siglos, 3 ó 4, olvidados y despreciados
quién sabe, quién lo diría, no hay siglo que se pierda
todo se transforma, y dedos tres y besos cuatro
inician la cuenta regresiva que ingresa en el cinco o el diez
números negros y blancos que están en el tablero
esperándote, mirándote, preguntándote, cuidándote.

mucho tiempo para mí. dos o tres inspiraciones,
uno o dos instantes son todo el tiempo, el aire.

warumb, gime la rosa antipoética

océano
el mal llamado
oceano podría ser, sonar
o sea no atlántico
menos pacífico
tampoco da índico

o sea, no, el océano
es mucho más, digamos mayor
magister antifascista del sumo evangélico maestro
magis magister
pone a doctores de la ley a ras
echa todo aquello por tierra o por mar

y dice sin palabras adiós
adiós a dios, niño inexperto
que de la rosa teológica
nada aprendió ni supo
decir cantar bailar un pie de cueca
como las olas y las arenas

baten y golpean a los insensatos mortales
muertos de miedo antes de tiempo
agolpados de golpe por milenios
cerca de Troya la loca y por Helena
con sus carros cuadrúpedos perdidos
en la selva que protegió a Aquiles besador

besada la tortuga revirtió la marcha
dioses atrás dijo en su lengua jónica

muerto Patroclo ningún mortal será inmortal
adiós dioses déjense de payasadas
océano no es mera sopa de tortugas
vuelve atrás nazareno a aquella aldea

de cuyo nombre no quiero acordarme

miguel vicuña navarro

Voz de mando (I)

Este militante de base
Sabe que lo flagelaron
En las partes sensibles del cuerpo

Este militante de base
Sabe que lo atormentaron
Con un palo metido entre las piernas
Y con las manos atadas por la espalda

Este militante de base
Sabe que lo maltrataron con culatazos
Y con golpes de manopla
Dados en la cabeza y en las plantas de los pies

Este militante de base
Sabe que lo impactaron en el tórax
Con municiones
De alto calibre

Este militante de base
Sabe que lo quebraron
En una sesión de tortura

Voz de mando (II)

En la fotografía tomada frente a las Torres de San Borja
Aparecemos quemando libros en plena vía pública
Somos conscriptos del 73 junto a un suboficial de planta
Reconozco a algunos: a Coronta Ortega, a Chepo Sepúlveda, a Cacho
Naranjo,
A Pepe Benavides, a Pandereta Zepeda, a Pericote Fuenzalida
No nos liberamos de esa mala imagen desprestigiándonos en todo el
mundo
Pero nadie sabe la anécdota invisible del “acontecimiento funesto”
Con actitud decidida salvé de las llamas un libro muy entretenido
La profesora de castellano en el Liceo 12 de Avenida Dorsal
Nos lo hizo leer en segundo medio según programa de lectura obligatoria
Me identifiqué con el personaje principal embarcado de polizonte
Al ver un ejemplar de *El último grumete de la Baquedano*
Pudiendo destruirse irremediabilmente me atreví a arrancarlo del fuego
Lo bonito fue contar con la venia de mi capitán Armando de la Maza

Voz de mando (III)

Una cabra del ambiente con movidas
Cerca del cuartel de Londres 38
Me llama a un lado con disimulo
Perrote venga por acá más ratito
Me regaloneaba de lo lindo
Hay que reconocerlo cachera fina
Comadre de fiar éramos uña y mugre
Me hago el tiempo voy al café Indianápolis
Negro te pido una gauchada
A ese cabro con pinta de John Lennon
No lo traten tan mal denle su respiro
Es hijo de una cuñada la pobre
No quiere quedar de brazos cruzados
No le hagan pagar caro por atrevido
Negra usted sabe no es cosa de llegar
Y meter la cuchara en la comandancia
Aquí los jefes te tienen entre ceja y ceja
Haré lo posible no le prometo mucho
Cómo iba a decirle a mi yunta de camastro
A ese avispado de La Pincoya le llegó la hora
Por andar buscándole el cuesco a la breva

Voz de mando (IV)

Llegan nuevos detenidos el furgón se ve copado
Alcanzo a divisar a unos siete sujetos en total
Inmediatamente me llama la atención
Uno bastante agraciado se ve tembloroso
Llega en condición deplorable
Su rostro tiene huellas de puñetazos
A los dos días de su ingreso al recinto
Me corresponde tratarlo en forma directa
A los primeros golpes dados por mí se muestra humillado
Causa fastidio oírle rezar el Padre Nuestro
Invoca a su madre gime
Al quedar solos me mira con cara de oveja degollada
*Señor, lo único que he hecho es querer formar una biblioteca
Para los niños pobres de una escuelita primaria*
Le presto oído dan ganas de vejarlo me aguanto
Lo observo lo fisgoneo
*Señor, lo único que he hecho es querer formar una biblioteca
Para los niños pobres de una escuelita primaria*
En la madrugada mis compinches se lo llevan
Sé muy bien la suerte que corre el cabro
En los potreros de Peldehue
O en la Cuesta Barriga
*Señor, lo único que he hecho es querer formar una biblioteca
Para los niños pobres de una escuelita primaria*

El fantasma

Para Begoña

De pronto reconoces al fantasma
Que vive desde siempre en nuestra casa
No es miedo sin embargo lo que sientes
Es sólo el natural desasosiego
De imaginar que somos sin saberlo
Los nuevos habitantes de un lugar
Poblado de presencias y de ausencias
Y en cierto modo el tiempo es una broma
Que solamente a veces comprendemos
Y lo que comprendemos no nos gusta
O nos gusta en el fondo demasiado
Porque desde hace tiempo o desde siempre
Buscamos un lenguaje en las murallas
Buscamos una voz que nos reciba
Y a veces las palabras nos conceden
Esta extraña ilusión de permanencia
Y salimos tan blancos en las fotos
Y tan confusamente detenidos
Que el pasado se vuelve más lejano
Y el futuro un lugar tan impreciso
Que solamente vale despertar
Muy tarde en la mañana repasando
Los detalles de un sueño un poco raro
Las partes de una historia tan confusa
Y entonces reconoces al fantasma
Que vive en esta casa desde siempre
Y empieza el desayuno y hace frío
Y siento que al mirarte no descubro

Lo que confusamente permanece
Y mientras revolvemos el café
El ritmo se acelera y se detiene
Porque amamos el ruido y el silencio
Las queridas palabras que encontramos
Y perdemos y volvemos a encontrar
Y es bueno imaginar que sólo somos
Los nuevos habitantes de una casa
Poblada de presencias y de ausencias
Es bueno es verdaderamente hermoso
Jugar a los disfraces con el tiempo
Y ensayar una voz que nos reciba
Porque amamos el ruido y el silencio
Y mientras revolvemos el café
El tiempo desespera las señales
Que solamente a veces comprendemos
Y lo que comprendemos no nos gusta
O nos gusta en el fondo demasiado
Porque desde hace tiempo o desde siempre
Queríamos quedarnos en las rocas
La tarde nada más para admirar
Los bellos accidentes en el cielo
Y entonces comprendemos poco o nada
Del mar y de las olas y del miedo
Del aire que recibo y recibimos
Porque amamos el ruido y el silencio
Y es sólo el natural desasosiego
La fuerza que acompaña nuestros pasos
Y nos gusta en el fondo demasiado
Jugar a los disfraces con el tiempo
Y salimos tan blancos en las fotos
Y tan amablemente detenidos
Que somos en las rocas o en la casa

Los nuevos habitantes de lugares
Poblados de presencias y de ausencias
Y siento que al mirarte no descubro
Lo que confusamente permanece
En nuestro corazón y en nuestros pasos



